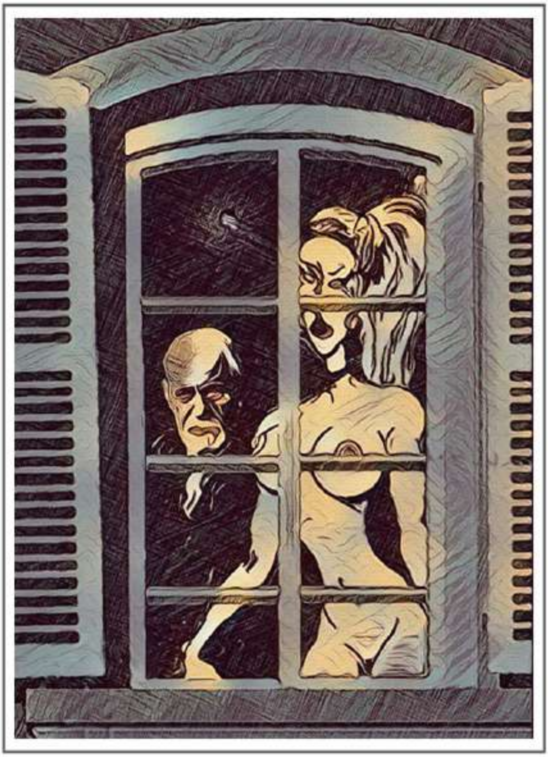
Lautaro Zubiaur

Freud en Buenos Aires

Diario de viaje



drac

Lautaro Zubiaur

Freud en Buenos Aires

Diarios de viaje

drac

© Lautaro Zubiaur, 2025

Llegué a Buenos Aires en 2023 luego de años y años de correspondencia con Elena L., que me insistió sin cansancio para que visite la ciudad.

—Es la ciudad más psicoanalizada del mundo —solía decirme.

Eso mismo me han dicho otros discípulos; los escuché en varios lugares; me empezó a despertar intriga y curiosidad qué idea sea habían formado de mí y de mis enseñanzas; no sé por qué pero sospecho que ese presunto culto devocional hacia Sigmund Freud no podía estar exento de esnobismo, o acaso de algo más oscuro. Atinaría a pensar que es una moda, pero por lo que me han estado contando es algo que se extiende a lo largo de décadas; las modas son más pasajeras, por lo tanto no podía ser éste el caso.

Elena no era mi única discípula argentina con la que mantengo intercambio epistolar desde hace

años; me han hablado, muchos de ellos, de distintos personajes notables o famosos de ese país que yo debería analizar o haber analizado; me hablaron de escritores, deportistas, aventureros, políticos, cantantes de tango… sin embargo, hay dos personajes sobre los que despertaron mi curiosidad, y uno de ellos ni siquiera es argentino: uno es un señor de nombre Mario Bunge, que me ha llamado "el gran macaneador", acusando al psicoanálisis de charlatanería anticientífica —no ha sido el primero ni será el último, pero exaspera y asusta a mis discípulos— y el otro es ese tal Lacan, un francés que aparentemente ha adulterado todas mis enseñanzas y se ha hecho por demás famoso con sus ideas ininteligibles y sus aires extravagantes —aclaro que me guío por lo que describen de él, a través de cartas, tanto mis discípulos "lacanianos" como los más escépticos del personaje en cuestión.

Me imaginaba llegando a Buenos Aires en un inmenso transatlántico a vapor cinematográfico, pero los tiempos cambiaron bastante, y emprendí este viaje, tan solicitado y postergado, en un vuelo de *Alitalia*, ya que antes quería pasar unos días por mi querida Roma para visitar a unos amigos.

1.

Elena daba clases en la facultad de psicología y organizaba periódicamente seminarios sobre mi obra. Desde luego que me insistió para que pudiera dar una serie de charlas y conferencias en la universidad y en diversos institutos, pero le anticipé que sería una visita austera, en la que prefería poco menos que pasar desapercibido. Nada de charlas. Pero, aún así, no pude resistir la curiosidad de entrar en una clase de psicoanálisis en la Argentina. Así fue que lo primero que hice, después de llegar al hotel y dejar mis valijas, fue ir a una clase magistral de un señor cuyo nombre no recuerdo que brindaban en la facultad esa tarde.

Lo primero que me llamó la atención es que nadie me reconoció. Pensé que sería una especie de *beatle* en los años 60, tal vez hasta con gritos de algunas estudiantes ante mi presencia; pero no fue así; no sé si había pasado de moda o las fotografías que llegaban a Buenos Aires de Sigmund Freud me hacían irreconocible. Como quiera que sea, este señor empezó aburrirme a los pocos minutos de iniciada su disertación; citaba párrafos míos que al parecer estaban traducidos horriblemente, y las interpretaciones que hacía no eran menos horribles; pero por encima de todo era aburrido; a decir verdad, todo era aburrido: hasta las paredes, los

pasillos… Cuando me estaba yendo, me llamó la atención ver afiches y fotocopias pegadas en algunas puertas o paredes promocionando clases particulares o libros donde aparecía mi foto y al lado, a la misma altura y de igual tamaño, la del susodicho francés, que ya me estaba generando un poco de irritación y un poco de bronca —aunque admito que no tenía razones fundamentadas todavía para poder odiarlo.

Cuando estaba llegando a la esquina, aturdido por el humo y el ruido de unos vehículos enormes, monstruosos, amenazantes, que llaman "colectivos", escuché a lo lejos una voz femenina que decía:

—¡Doctor Freud!

Me di vuelta y vi una joven de unos veinte años, de anteojos y cabello ondulado, de belleza inocultable, caminando hacia a mí con unas carpetas y libros bajo el brazo. Sonrió, algo sorprendida, y le devolví la sonrisa más cordial y afable que pude.

—¡Doctor Freud! ¡qué está haciendo acá! ¡qué hace en Buenos Aires!

—He venido a visitar amigos… ¿cuál es su nombre? —le pregunté.

—Milena —me dijo, y le di la mano.

—Un placer conocerla: ¿es usted estudiante de psicología?

—Claro —respondió—, me faltan pocas materias para ser psicóloga psicoanalista.

Nos quedamos hablando un rato con Milena en un café que estaba cerca, a pocos metros. Antes de tomarme un taxi para volver al hotel, la joven me preguntó si abandonaría la ciudad pronto, y le dije que no. Me pidió la dirección y la habitación del hotel y se la di sin dudarlo; pensé además que podría ser la persona indicada para conocer un poco más otras caras de esta ciudad.

Tenía ganas de dormir temprano pero me habían advertido que en Buenos Aires la gente se acuesta tarde, y que muchas actividades y reuniones se llevan a cambio después de las ocho de la noche.

Elena y otra colega suya me habían insistido con que las acompañe a un café donde se toca y se baila tango; no tenía mucho interés, realmente, pero no quise ser descortés, y después todo no podía ser una salida desagradable: conversar, un trago, música… ¿por qué no? Por si fuera poco, me contaron que había un patio donde podíamos sentarnos y fumar cigarros sin ningún inconveniente, ya que existe me encontré con un inexplicable asedio contra los fumadores mientras convivían natural y despreocupadamente con el intoxicante humo negro de colectivos, motos y camiones durante todo el día.

2.

"Milonga" me dijo Elena que es el nombre que se les da a las reuniones de baile de tango. Con toda franqueza, imaginé erróneamente que me encontraría con un lugar más refinado y sofisticado; la concurrencia era bastante surtida y variada, por momentos hasta ordinaria, vulgar ("*glamour* grasa" escuché decir a alguien que omitiré decir su nombre); enseguida identifiqué la presencia de europeos, que —según me contaban— algunos vivían en Buenos Aires por temporadas y otros venían unos pocos meses para practicar tango, o tomar clases personalizadas para perfeccionarse.

Sin aviso me invadió la melancolía. De momento, en esa noche, visitó mis pensamientos un hombre que me marcó buena parte de mi vida y de la inspiración de mi obra: Arthur Schopenhauer. Recordé la miseria de nuestra condición humana en la necesidad apremiante de compañía, en aquellas señoras grandes, demacradas por el paso de los años, sosteniendo la batalla perdida contra el ultraje del tiempo; en los esfuerzos desgastantes que consagra nuestra especie a la conquista del sexo opuesto; en la muerte que se cierne sobre el horizonte de nuestros días mientras el apetito sexual debilitado nos empuja, hasta el último día, con una fusta, sin clemencia, a la búsqueda de amor,

de complemento… Schopenhauer —acaso por encontrarme además tan lejos de casa— volvió esa noche a ser mi último y más íntimo refugio espiritual ante mi desolación, como lo fue hace muchos años atrás cuando recibí una triste noticia de unos de mis pacientes viajando en tren hacia Hungría.

Aquella velada tanguera (o milonguera, si prefieren) reviviría la misma desesperación en el alma que aquella vez de viaje a Herzegovina. Cuando creía que la noche se estaba terminando, la amiga de Elena que nos acompañaba saludó a una mujer rubia, alta, de elegante y provocador vestido negro, de poco menos de cuarenta años pero con una vincha negra, que acaba de entrar; esbelta, imponente, se notaba que era una veterana de las "milongas", y no tardé en comprobarlo cuando se puso a bailar, admirablemente, aunque ya cuando le vi su gargantilla negra la interpreté como una especie de insignia de distinción de bailarina; su nombre era Suzanne y se sentó en la mesa con nosotros poco antes de que nos retirásemos. No alcanzamos a cambiar palabra, a pesar que estaba sentada al lado mío. Algo me inhibió a ser dado a la conversación, si bien me di cuenta que me había reconocido —o una de mis amigas le habría hablado de mí. Nos despedimos con Suzanne,

aunque esa noche, por intervención de una extraña coincidencia, íbamos a volver a vernos.

3.

De vuelta en el hotel no podía dormirme. Serían alrededor de las cuatro. Hacía años que no salía por la noche hasta tan tarde, y asimismo hacía tiempo que no concurría a este tipo de escenarios de exhibición y seducción, menos aún con la peculiaridad de estos encuentros de tango, que me resultaron tan competitivos y exigentes; la gente no iba a divertirse: unos iban a exhibirse, otros a ver, juzgar, admirar, sancionar y comparar, y otros a esperar una mirada o una invitación. Elena nos contaba que una de sus pacientes era bailarina de tango; una chica joven, científica de carrera; le narraba chimentos del mundo de la noche que ella desconocía, como por ejemplo que muchas mujeres, argentinas como extranjeras, especialmente de más de cincuenta años, pagaban para que las saquen a bailar, o incluso contrataban por una noche a un compañero-bailarín, como una especie de *escort* masculino que ofrecía el servicio de ser su "pareja de baile" de tango.

Me han acusado de separar a la sexualidad humana de la biología; otros de mis detractores, en cambio, me atribuyen biologismo o vitalismo. Como quiera que sea, la animalidad latente de los seres humanos no pasa inadvertida ante mí, y esta noche había sido testigo de las fuerzas sexuales animales más primitivas de disputa, seducción, competencia, despliegue, rituales de cortejo... descarte de los machos vencidos y débiles, exclusión y abandono de las mujeres menos agraciadas o poco o nada favorecidas. Yo integraba el grupo de los machos sin chance; sé que hay decenas de argumentos médicos en la actualidad que me impelen al coraje y a la confianza, pero mental y psíquicamente me encuentro cansado; intento experimentar goces o satisfacciones en otros niveles. O acaso esté justificando la adquisición de un lugar en el regazo de la comodidad, a salvo de cualquier peligro, de cualquier contienda.

Resolví bajar para tomar un trago antes de irme a dormir, y me indicaron que había un "kiosco", como le llaman aquí, junto al hotel, donde comprar las 24 horas. Me incliné por un whisky y regresé ansioso y de mejor ánimo a mi habitación para beber un poco, a lo largo de un pasillo silencioso interminable lleno de puertas mudas, todas iguales, de habitaciones que parecían estar frías y vacías.

Estaba descansando en el sillón con un vaso en la mano cuando de repente algo me sobresaltó: golpearon la puerta. Me quedé inmóvil, sin reacción. Un minuto después volvieron a golpear la puerta, y me levanté no sin alguna preocupación para ver quién era. Estupefacto: era Suzanne.

—¿Doctor Freud? —dijo, y abrí la puerta.

—¿Suzanne? —pregunté perplejo.

—Doctor Freud, acabo de verlo por el pasillo cuando llegaba. Yo llevo un mes hospedándome en este hotel; casualmente en la habitación de enfrente.

Volví a sentirme cohibido por su presencia. Además de estar desconcertado por esta coincidencia misteriosa, hablar de pie con Suzanne con su estatura y sus tacos altos me hacía sentir incómodo. Le ofrecí pasar a la habitación para seguir conversando y no molestar a ninguno de los otros huéspedes por hablar en el pasillo a estas horas; Suzanne me dijo que prefería seguir hablando en su habitación, ya que estaba esperando una llamada telefónica de su hija que vivía en Norteamérica.

—Póngase cómodo, doctor, sírvase a su gusto —me dijo.

Tenía una mesa pequeña con una interesante variedad de bebidas, y algunos bombones de chocolate y regalos sin abrir. Parecía el camarín de una actriz antes que la habitación de hotel de una turista: vestidos, maquillaje, varios espejos, zapatos, más

lámparas de las habituales, bolsas y paquetes de compras recientes, y muchas toallas. También había flores, que infiero que algún amante o admirador le había regalado. Me preguntó si le molestaba que fumara, y le dije que no. Abrió la ventana, prendió un cigarrillo y me dijo si podía esperarla mientras se cambiara de ropa.

—Póngase cómodo —insistió amablemente en un torpe español, menos fluido y articulado que el mío; un español que inclusive afeaba su voz, en contraste con su inquietante atractivo físico.

Me preguntaba si el biombo y el espejo adicional pertenecían al hotel o los había hecho traer. La habitación era muy particular, y me daba curiosidad seguir explorándola con la mirada, pero el cansancio empezaba a vencerme… y la luz tenue también; alcancé a ver un libro asomando de un cajón, que sigilosamente abrí un poco más para poder leer el título, y me encontré que era "La interpretación de los sueños" —¡mi libro!—, lo cual me provocó un leve nudo en la boca del estómago —en otras épocas de mi vida hubiera sido una erección automática.

Intuí que Suzanne se dejaría ver desnuda en los próximos minutos —soy grande y soy el doctor Freud: puedo intuir esas cosas; Suzanne se siente ávida de provocar y exhibirse, ante quien sea, y si hay un escenario o luces enfocándola, mejor.

También intuí que ella no buscaba aventuras sexuales en Buenos Aires, al menos en el sentido corriente y reduccionista en el que se comprende a la sexualidad hoy en día. Sin duda —sin absolutamente ninguna duda— las búsquedas y el motivo de Suzanne en Buenos Aires y en el tango *eran* sexuales: desbordante y contenidamente sexuales. Pero no eran *coitales* —eso es lo que me hacía llegar la intuición. Ya tendré oportunidad, si sigo escribiendo en este diario de viaje y no desisto antes, de explayarme más sobre la cuestión.

Suzanne desapareció detrás de un biombo y luego atrás de la puerta del baño. Me hundí cómodamente en un sillón con un whisky de mejor calidad de los que había en la mesa. Experimenté una extraña paz y tranquilidad en ese sillón, y los dolores de mi cuerpo habían desaparecido. Sentí que podía quedarme dormido en cualquier momento. Temí la embarazosa situación de quedarme dormido… pero así fue: me quedé dormido —no ignoro la trama psicológica del lamentable hecho pero no emprendí este viaje para escribir otro libro.

Con la primera luz del día filtrándose potente a través de la persiana, me desperté aturdido por bocinas y ruidos de la calle, y lleno de vergüenza por no haber estado a la altura de la noche. Busqué a Suzanne con la mirada, y no la encontraba por el pasillo de la habitación; enseguida la vi desnuda

boca abajo durmiendo, algo destapada. No supe si irme o si fingir seguir durmiendo; me incomodaba incomodarla; llamativamente, el libro había desaparecido, como si lo hubiera escondido o cambiado de lugar.

De repente golpearon la puerta: Suzanne se vistió rápidamente con una remera larga y ancha —y creo que nada más— y recibió un desayuno especial de avena, frutas, pan negro, que seguramente había encargado en detalle que le trajeran a la habitación cada mañana. Creyéndome dormido, suavemente me despertó, y por supuesto fingí despertarme, y me disculpé. Había sido mi primera noche en Buenos Aires y prácticamente no había podido descansar —demasiado para un solo día.

4.

Me esperaba un día largo, y de inesperadas sorpresas. Elena me había hablado de Manuel, un colega y amigo suyo que presidía una fundación por los derechos de los homosexuales. Insistentemente, me comunicó su interés en que, cuando estuviese de visita por Buenos Aires, asistiera la fundación para dar una charla o conferencia. Pero reiteradas veces le dije a mi querida amiga Elena que nada de

coloquios, entrevistas, seminarios, disertaciones… pero haría una relativa y justificada excepción, tratándose de una comunidad homosexuales, a causa de los incontables malos entendidos suscitados entorno a mi obra por conceptos tales como el de "invertidos" en mis enseñanzas sobre la sexualidad humana.

La fundación que presidía Manuel se llamaba "Putos por la Familia". Cuando consulté para precisar más sobre esta expresión, "puto", descubrí que contenía una carga no solo peyorativa, sino un poco despectiva, y hasta agresiva. Deduje que se trataría de una forma de desafiante de reivindicar a una minoría que, a la fuerza, debía situarse en guardia y a la defensiva para sobrevivir los embates del prejuicio y todo tipo de actos discriminatorios; como una forma de apropiarse del arma verbal de sus prejuzgadores enemigos sociales. Pero más tarde me daría cuenta de que el motivo y propósito de esta fundación era más desconcertante de lo que en un principio me pude imaginar.

Una niña de unos doce o trece años nos recibió y nos guió por unas largas escaleras interminables —después me enteré que era la hija de Manuel, y que su otro padre era Octavio, y vivían todos juntos con un hermanito más, muy pequeño. El recibimiento fue extraño: calidez, frialdad, enojo, entusiasmo… es decir, sensaciones encontradas,

variadas, de un público que se dividía en simpatía, indiferencia y rechazo. No faltó quien hasta evitó saludarme. Incluso la pequeña que nos recibió parecía muy seria, no la vi sonreír en ningún momento, y pensé si no era debido a un resabio de hostilidad por las infelices lecturas interpretativas de mi obra. Por lo demás, en términos generales, prevaleció un buen recibimiento, empezando nada menos que por Manuel, su presidente.

—¡Doctor Freud! ¡No sabe el honor que significa para nuestra fundación tener con nosotros su presencia! —dijo, tomando el micrófono y haciendo un especial agradecimiento a Elena, la gestora e intermediaria de mi visita.

—Muchas gracias a todos, reafirmo mi agradecimiento por invitarme a compartir unas palabras en esta fundación, respetada y reconocida internacionalmente. El título de esta breve disertación que preparé para esta ocasión es el siguiente: "*Un malentendido*".

Cuando pronuncié el título, parece que logré sin proponérmelo ni esperarlo convocar la empatía de la sala entera. Tuve que excusarme ante ellos con débiles y burdos sofismas etimológicos de por qué utilicé en mi obra en alemán el término *invertierte*, "invertido", y al parecer quedaron conformes y aliviados. Mi disertación fue aplaudida; no sé si me entendieron, ni si conseguí trasmitirles con claridad

mi ideas y posturas equivocadamente interpretadas hasta hoy, pero en cualquier caso mi audiencia parecía complacida. Y eso me hizo sentir muy bien.

Manuel me contaba que el valor primordial que los inspiraba era "defender a la familia":

—Nuestra lucha, doctor, ya no es por la tolerancia a una minoría perseguida, ni por conquista de derechos en la legislación; nuestra lucha es por cuidar y resguardar a la familia.

Mientras tanto, sacó una foto de su familia actual —junto con Octavio y los dos niños, en un lugar de vacaciones— y me la mostró emocionado, enseñándome un tesoro.

—Hoy en día —continuó diciendo— las familias homoparentales son asediadas por falsos valores que la sociedad y los medios de comunicación les inculcan… modelos individualistas, promiscuos, solitarios; parejas que se rompen por motivos insignificantes y no intentan recomponerse ni darse otra oportunidad, o que no quieren formalizar compromisos; la misión de nuestra fundación es precisamente fortalecer los lazos de la familia homoparental; educar a nuestros hijos en los valores de unidad, fidelidad, amor, compañerismo, respeto…

Le pregunté por su pareja y me contó que estaba de viaje.

—Octavio quedó a cargo de su empresa familiar y eso le demanda mucho tiempo. Sabe, doctor: ése es otro problema que viene preocupando a nuestra fundación: la falta de tiempo para ocuparnos de nuestros hijos, y dedicar al hogar el tiempo que necesita y que se merece.

Admito que mis concepciones sobre la vida homosexual habían quedado vetustas; pensé que me encontraría con una comunidad de hombres solos, con una vida sexual bastante liberada y versátil, reunidos a los fines de defender derechos elementales y promover algunas reivindicaciones básicas. Pero la fundación se ocupaba de valores muy distintos. Recién antes de irme advertí, íntimamente agradecido, que el lema de la fundación era nada menos que "Amar y trabajar".

5.

Por la mañana salí a caminar por las calles de Buenos Aires, ávido de que me reconocieran y poder entablar alguna charla casual con alguno de los innumerables devotos del psicoanálisis de esta ciudad, pero aparentemente me había formado una imagen un tanto exagerada, porque nadie me reconoció. Fui un viejo más, pelado y de barba,

transitando por las veredas porteñas. Me detuve en las librerías, y tampoco me encontré con el fanatismo psicoanalítico que esperaba basándome en lo que me informaron durante años mis devotos; abundaban los libros de sociología, historia, autores franceses, ingleses, las novelas, algunos libros de arte y fotografía… Ingresé a revisar los estantes, y me encontré de nuevo con el tal Lacan; pero junto a él, ya era la segunda o tercera vez que encontraba a otro personaje, calvo, de anteojos y con una camiseta de cuello alto —un tal Foucault— que presumí que sería alguno de los psicólogos de moda o sucesores del psicoanálisis, pero fui descubriendo que no: era una mezcla de filósofo con historiador de temas psiquiátricos hasta políticos. Ya había visto su imagen en afiches y hasta alguna tarjeta que incluía su retrato junto al mío, en la que sobresalía la palabra: "FOTOCOPIAS". Realmente, no me despertó mucha curiosidad. Admito estar invadido por algún recelo o prejuicio.

Continué buscando libros de Sigmund Freud, y eran recurrentes estos títulos: "Interpretación de los sueños", "Textos selectos" y títulos de obras que jamás había escrito, o en todo caso, que habían retitulado deliberadamente los editores. Hasta el momento no me había tropezado con el fervor psicoanalítico de Buenos Aires.

De regreso al hotel, antes del almuerzo, una sorpresiva visita: Milena en el lobby del hotel, la joven estudiante que me había seguido el día que visite la facultad. Estaba esperándome que llegara. No me importó mucho el motivo de su visita: me alegró volver a verla; era bella, joven, cándida, encantadora, llena de vida, entusiasmo e inocultable inteligencia.

—¡Doctor Freud, sepa disculpar mi atrevimiento! —me dijo y me tendió la mano.

—Es un gusto volver a verla, Milena, ¿qué la trajo? ¿qué la motivo a venir? ¿quiere tomar algo? —le pregunté, y enseguida la interrumpí para invitarla a comer— ¿quiere que almorcemos?

Pasamos la tarde juntos con Milena. Me sentía su abuelo, su padre, su galán, su doctor y a la vez su paciente… Tuve la tentación de proponerle que me atendiera, que me psicoanalizara; sería con la excusa de poner a prueba su dominio sobre la técnica psicoanalítica, pero preferí posponer la propuesta, y esperar el momento oportuno. Me hubiera recostado con la cabeza en su regazo a contarle mil cosas que jamás contaré a nadie, ni escribiré en este diario… desde intimidades, miedos y tonterías hasta ideas brutales sobre la política mundial que han asaltado recurrentemente mi cabeza en las últimas décadas y opiniones sobre los más diversos

temas que nunca conté a nadie y nunca dejaré por escrito.

Cuando revisó el celular para ver la hora, experimenté angustia: no quería que se fuera. Pero soy el doctor Freud, después de todo, y así me comporté. Antes de irse, se animó a proponerme algo que indudablemente quiso proponerme desde la mañana:

—Quería preguntarle qué parecería poder organizar un encuentro de terapia grupal.

No tenía idea de qué me hablaba, pero le pedí que desarrollará un poco más su propuesta: su idea era formar un grupo de actividades que estimularan la soltura, la creatividad y la expresividad de los pacientes. No podía negarme a una propuesta de Milena. No sabía adónde quería llegar la joven con todo eso; tampoco estaba al tanto de las terapias grupales que me proponía. Acepté. La vi aliviada y feliz. Le pedí por favor que se encargue de todo: horarios, solicitudes, postulantes, espacios… A los pocos días me llamó al teléfono del hotel —celular no uso— para decirme que ya estaba todo programado, aunque no especificó ningún detalle.

6.

En los días que llevaba en Buenos Aires había ido recolectando prolijamente volantes y tarjetas promocionando servicios terapéuticos psicoanalíticos. Necesitaba saber más al respecto. Me senté cómodamente en mi habitación, me llevé el teléfono y empecé a hacer llamados. Fui descartando aquellos que me decían: "solo atiendo *online*", y también los que me pedían de modo excluyente mi celular para mandarme más información por ese medio. Lo sé: el teléfono es anacrónico y pasado de moda —me lo estuvieron advirtiendo. Pero no faltaron amables terapeutas que conservaban la modalidad clásica de responder telefónicamente.

Me interesé por la duración de las sesiones, la frecuencia, el costo, pero quería saber cómo ejercían la práctica psicoanalítica.

—¿Su nombre? —me preguntó, para agendarme.

—Segismundo Alegría —le respondí.

—¿Quiere que lo agende para esta semana?

—Le agradezco —me disculpé— me pondré en contacto en estos días.

Así me pasé un rato largo. No me animé a tomar una sesión; me pareció que no sería responsable de mi parte. No faltaría oportunidad de conocer más acerca de las formas que ha tomado la práctica

psicoanalítica en estos tiempos por este lugar del mundo.

Era el único leyendo las noticias en papel en todo el café en el que me había sentado un rato. Creí ver a una anciana del lado de afuera, sentada con una mascota, leyendo también en papel. Me fui dando cuenta con el correr de los años que un anciano está ávido de noticias: el aburrimiento y la necesidad de involucrarse en un mundo en el que ya no tiene parte ni protagonismo hace que se aferren a los diarios, radios y noticieros televisivos. Me inclino a pensar que no es tanto el aburrimiento como la satisfacción pulsional que da el consumo de noticias, frescas, latentes, de hoy, de ahora: acariciamos el candor bullicioso de la vida, o dicho de otra forma: nos hace por un instante huir del vacío, de la piedra inorgánica de la muerte y la nada.

Hace muchos años tuve un paciente muy joven que, a causa de su escasa, o más bien nula, vida social y su falta de inserción en el mundo lo habían llevado consumir de manera enfermiza noticias durante todo el día. Me contaba que era consciente del efecto tóxico que tenía en su alma y de las dificultades que enfrentaba para dejar esta adicción. Cuando conseguía con éxito pasar jornadas enteras de abstinencia de radios y periódicos, se volcaba hacia el arte, la religión, la ciencia, los animales y las

plantas; nuevas sensibilidades se empezaban a despertar en él. Luego interrumpió el análisis y no supe más nada; presumo que debe continuar en esa lucha hasta hoy, con altibajos. El consumo solitario de noticias y su politización patológica eran como un hilo de Ariadna en el frío y desolador laberinto de su vida, asediada por la nada y la soledad.

A propósito de los animales, me ha llamado notablemente la atención la presencia de mascotas en esa ciudad. No puedo ocultar mi desagrado por la suciedad de las veredas. Aquí es algo natural; para mí es intolerable, y acaso de los rasgos más feos y desagradables de Buenos Aires. He observado además una cantidad de mascotas inaudita; he visto señoras con dos perros, inclusive, de gran tamaño, paseando y haciendo las compras, y desde ya usando la puerta de entrada del vecino como si fuera su baño privado. Me pregunté si sería la soledad el origen de este amor por las mascotas, pero descarté esta idea cuando me di cuenta que también las parejas y las familias no podían vivir sin uno o más perros o gatos. Conjeturé si no sería una costumbre atávica heredada de los nativos pobladores del continente sudamericano y de las pampas; alguna costumbre nómade primitiva de dormir en la misma choza con animales o guarecerse entre los caballos. O acaso esas mascotas eran la viva encarnación de las pulsiones más

telúricas pero controladas y bajo la forma de un tierno juguete; la posibilidad de transferir afectos y una dulzura y dedicación que no consagran a ningún humano y la consagran sin embargo a seres vivientes que tienen la virtud de no hablar ni pensar ni juzgarlos ni contradecirlos ni darse cuenta de nada. Como quiera que sea, extraño a mi querida perra Jofi. En Buenos Aires recordé muchas a veces a Jofi.

Necesitaba atenuar mis tensiones neuróticas y me animé a hacer la travesura que quise hacer muchas veces de niño, incluso de joven, y no hice: entrar en una iglesia católica, fingir la fe cristiana y confesarme ante un sacerdote. Me intrigaba mucho experimentar qué efecto tendría en mi alma contarle mis pecados a un desconocido y recibir instantáneamente el perdón por los pecados confesados. Caminé hasta una iglesia que ya había visto días atrás, cercana al hotel. Había pocas personas en fila esperando para confesarse —todas ellas mujeres. Delante mío esperaba una mujer de unos treinta años, de notable belleza. Cuando la vi de rodillas ante el sacerdote, me incomodé. En cualquier otro contexto que no fuera una iglesia, el primer golpe de vista de esta imagen hubiese hecho pensar a cualquiera en una felación. Las costumbres cristianas, más aún las católicas, son muy extrañas

para mí, aunque no por mi descendencia judía; intuyo que para un musulmán, un zoroastriano, un budista, no sería fácil de concebir ni asimilar que el líder máximo de su congregación religiosa le lave y le bese los pies a los convictos presidiarios una vez por año, sin distinción entre los cuales hay asesinos, ladrones, violadores… ¿No habría en todo caso otra gente para lavarle y besarle los pies? ¿es necesario que deban ser los pies? ¿en tal caso no podrían ser los pies de personas meritorias, dignas de reverencia o reconocimiento… o los pies de un grupo de campesinos humildes… o de devotos peregrinos… o los pies de las atletas medallistas olímpicas… o los pies de los fieles que asisten a la misa todos los días? Siempre fui cuidadoso y me reservé estos comentarios; es la primera vez que los comparto por escrito.

Llegó mi turno. Me costó muchísimo arrodillarme. Solo me fue posible hacerlo porque sabía que no era más que una travesura infantil; quise revivir un fragmento de mi niñez; sabía que nadie, excepto el Dios invisible que lo ve y lo sabe todo, se percataría de mi atrevimiento, y de que mis intenciones no eran irrespetuosas. Pues bien; confesé algunos pensamientos "impuros" de los últimos días —pequeñas mentiras, pensamientos feos, despectivos, vanidad, soberbia, Suzanne, Milena, Buenos Aires…

—Te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Me sentí un niño perdonado por un adulto. Me fui en paz: me fui en paz conmigo mismo, por haber saldado una de las muchas deudas que tengo con el remordimiento, y que me iré de este mundo con todas ellas.

7.

Milena había organizado el enigmático programa de grupo de terapia que me había propuesto días atrás sin mucho detalle y que yo, imprudente, había aprobado. Quedé atónito cuando explicó de qué se trataba: un viaje a Río de Janeiro de cuatro días, aprovechando un fin de semana largo, específicamente con destino a una playa privada nudista a unos 40 kilómetros de Río. La premisa del programa era "la liberación de los cuerpos" y el "peso normativo sobre nuestras vidas". Le rogué a mi joven admiradora que cancelara todo pero me insistió que eso era imposible; que ya estaban hechas las reservas y los pagos de cada uno de los inscriptos. Le advertí que yo no me desnudaría, ni

iría a esa playa, y que solamente acompañaría al contingente turístico y nada más. No respondió ni dijo nada, como si estuviera confiada en que yo cambiaría en algún momento de opinión.

Varias horas antes que saliera el vuelo para Río de Janeiro, fueron llegando los intrépidos pacientes participantes: una chica blanca y con notable sobrepeso, Julieta, que seguramente le temía al sol por la sensibilidad de su piel y a la playa por los prejuicios contra la obesidad; un anciano de buen porte, elegante, bajito, de bigotes, el doctor Álvaro Zaldívar Williams, un juez retirado; un muchacho desalineado y torpe, de unos veinte años, de anteojos enormes, Laureano; un hombre de unos cincuenta años, Rafael, el único que, al igual que yo, estaba vestido de traje y corbata para la ocasión; y finalmente Lucía, una señora que era profesora de artes plásticas.

Llegamos a Río por la tarde, y Milena me llevó a cenar fuera del hotel a un restorán que había visitado pocos años atrás en un viaje con amigas. Me habló de psicoanalistas ingleses y franceses toda la noche, de las peleas entre ellos, de las diferentes corrientes psicoanalíticas de Buenos Aires, pero me interesó saber de mis detractores.

—Me hablaron de un señor de nombre Mario Bunge, como el más tenaz enemigo del psicoanálisis, ¿usted lo conoce, Milena?

—No leí ni profundicé en él, pero lo vi en la Biblioteca Nacional en un ascensor. Lo recuerdo alto, muy mayor, acompañado por una mujer que no pude precisar si sería su hija mayor o su esposa. En la facultad es mala palabra, pero también sé de no pocas compañeras mías que odian en secreto al psicoanálisis con los mismos argumentos de Bunge. De hecho, me habló de él y de otros detractores del psicoanálisis una de ellas.

Se me ocurrió preguntarle a Milena qué pensaba al respecto:

—¿A usted le parece científico el psicoanálisis?

—No me parece importante eso, doctor Freud —me respondió Milena—. Dicen que la ciencia puede asfixiarnos y limitarnos; el psicoanálisis está para descomprimirnos, abrir un campo de libertad en el sujeto, hacer de su tensión neurótica una vivencia más liviana, más integrada, menos escindida, ¿no le parece, doctor? ¿ha cambiado su parecer en estos años?

La respuesta de Milena revivió en mí a un Sigmund Freud olvidado por Sigmund Freud. Esta joven podía darme respuestas sobre el psicoanálisis que yo ya hacia el final de mi obra no era capaz ni darme a mí mismo. Mi teoría se fue tornando retorcida y oscura, y admito haber ido perdiendo de vista lo esencial; lo hablé con mi hija muchas veces, y es por eso su valorización del yo como asunto

supremo, urgente y primordial del psicoanálisis; el pobre *yo*, asediado por tres fuerzas tiránicas inagotablemente demandantes: el inconsciente, la consciencia normativa y del deber y el mundo exterior; los tres apuntando al pobre *yo* con continuas e insaciables exigencias y señalamientos; azotándolo con presiones y necesidades, sin clemencia…

No quise que se hiciera más tarde sin pedirle a Milena más detalles acerca de la agenda programada para el día de mañana.

—Vamos a hacer todo un día de playa, doctor, y mañana también, así hasta el domingo que es nuestro último día, cuando nos reuniremos todos para comentar la experiencia vivida.

Debo confesar lo que es obvio: si me dejara ver desnudo, perdería mi dignidad ante mis pacientes, ante Milena, ante mí … y ante el mundo. Era una experiencia de regreso a lo adánico y primitivo que implicaba un costo muy alto: la dignidad misma. ¿Estamos preparados para dar ese salto regresivo? Creo ante todo que deberíamos tener una justificación climática; no podríamos estar desnudos en Alemania ni en Rusia ni la Patagonia. Sin embargo, créanme que he visto en el norte de Europa una soltura para la desnudez que no creo posible encontrar en ningún lugar del Caribe. He visto

mujeres desnudarse en tabernas y fiestas con la misma naturalidad con la que bebían litros de cerveza. Vi en Suzanne aquella noche a esa estirpe de mujer nórdica salvaje, desinhibida, desbordada del deseo de mostrar su belleza sin reparos ni impedimentos de ninguna índole.

Quería ver pero no ser visto; no como un mirón o voyerista, sino como un padre disfrutando de ver a sus hijos dando los primeros pasos en una aventura nueva para ellos. Mirarlos un rato, un instante: quería verlos desnudos a todos… ¿no es acaso lo que le hace el análisis? ¿no es eso justamente el diván: un espacio para la desnudez de la mente humana y de sus profundidades, quitándose de a poco las prendas que cubren y recubren nuestros miedos, nuestros delitos, nuestras fealdades, nuestras miserias, nuestra monstruosidad, nuestros deseos inconfesables, nuestras aspiraciones subterráneas, nuestros secretos más guardados, en fin, el infierno de nuestra neurosis endémica y perpetua? Los cuerpos, sin embargo, ocultan otra cosa: esconden nuestras desigualdades atroces; los estragos del inmisericorde Cronos sobre unos, las bendiciones florecidas de Venus en aquellos, la gracia que la Naturaleza quiso para unos y no quiso para otros, correlatos mórbidos, flaquezas hormonales, debilidad vergonzosa y declive humillante, la insoportable comparación

con los más favorecidos y provistos… en definitiva, pensé si no es acaso la ropa una invención humana para mitigar diferencias y hacer de nuestra condición algo menos cruel y doloroso —como estoy convencido que es el caso de aquellas culturas, como algunas tribus exóticas o el Japón en otras épocas, que se afeitan la parte superior de la cabeza, o las culturas que llevan turbante, sin otra finalidad que eliminar la desigualdad entre las víctimas de la desdichada calvicie y los afortunados que detentan una cabellera frondosa. Al final de este viaje y luego de escuchar a mis "pacientes de viaje" llegaría a la conclusión, indudable, de que el primer ser humano que confeccionó ropa no lo hizo para protegerse del frío ni de nada más que de la diferencia, la desigualdad y la comparación. Me imagino los sabios del poblado, desnudos, recibiendo alguna especie de ropa blanca otorgada por alguna deidad, en medio de algún gran resplandor en la profundidad de la noche, con precisas instrucciones:

> "De ahora en más, todos se cubrirán con esto, y a partir de hoy, solo se diferenciarán entre ellos por sus actos y por sus virtudes y su vida piadosa, y por nada más".

Milena me contó que uno los pacientes, Laureano, no pudo soportar su desnudez y se retiró de la playa. Se acercó a ella, inhibido por la exuberancia de belleza desnuda de la joven, y le dijo, cubriéndose con una toalla:

—No puedo, licenciada, tengo que irme.

—Esperá, Laureano —le dijo—: ¿no querés quedarte un rato más con la toalla, a un costado donde te sientas más cómodo?

—No puedo, licenciada —insistió—: hay mucha gente, pensé que estaríamos solos.

—¿Tanta gente? ¡Somos pocos! ¡mirá a tu alrededor!

Milena trató de animarlo; le aclaró que no era licenciada todavía, y eso pareció inhibir todavía más al muchacho, que desesperado preguntó:

—¿Y el doctor Freud dónde está? ¿no va a venir a la playa nudista?

Se sentía desamparado, pero también defraudado, acaso traicionado por el doctor Freud. "¿Por qué el doctor Freud no se desnudaba y yo sí?" He visto incansablemente ese fenómeno transferencial en el análisis: —¿por qué yo le cuento todo a usted, doctor Freud, en un diván, sesión tras sesión, y usted no hace lo mismo recostándose y contándome su vida? Lo que no sabía ese muchacho es que pasé los tres días totalmente desnudo encerrado en mi habitación, como una

forma de acompañarlos con mi desnudez a distancia.

Rafael, en cambio, me contó una preocupación paradójica que lo acompañó durante toda la experiencia de estos días de desnudez en la playa:

—Sabe, doctor, fue muy extraño: hace años que temo no tener una erección delante una mujer desnuda, y esta vez, sin embargo, estuve todo el tiempo preocupado de tener una erección delante de una mujer desnuda.

No se me ocurrió otra cosa que preguntarle al pobre Rafael:

—¿Y tuvo esa erección?

—Sí, doctor, antes incluso de desnudarme… ¿vio lo que ocurre con la eyaculación precoz, que sobreviene incontrolable en cuestión de segundos inclusive? Bueno, fue así.

—¿Y pudo naturalizar en algún momento sus reacciones? ¿tranquilizarse, olvidarse de ellas?

Rafael se quedó pensando:

—La verdad es que sí. Lo noté recién el último día. Ya nos habíamos acostumbrado a nuestros cuerpos: a que unos son feos, otros lindos; a que otros son jóvenes y otros viejos; a que algunos son inmodificables; a que somos seres con una apariencia corporal que conviven bajo la forma de ropa, y por eso los fantasmas se aparecen con la ropa que usaban en vida, y en este caso en la playa

bajo la forma primordial de la piel sin más; y por supuesto, también nos acostumbramos al atractivo femenino delante nuestro, mediado por una pared invisible de normas sociales, prohibiciones, condiciones, pertenencias, compromisos…vedado.

Entendí perfecto la angustia de Rafael: el principio de realidad en su forma más recrudecida y despiadada. La jaula y el bozal de la cultura trazándole límites e impedimentos a un sufridísimo *yo*, atormentado por la presencia del objeto deseado y no poder hacer nada… ¿pero no es acaso esta aventura de pocos días en Río de Janeiro una imagen viva metafórica de la vida humana en la Tierra, como una especie de "Alegoría de la Caverna" de Platón pero de la frustración humana —una "Alegoría de la Frustración Neurótica"? ¿Qué diferencia hay entre lo que refería Rafael y la continencia y frustración cotidiana ante un automóvil que pasa por la calle y nos gusta y no podemos tenerlo, ante mujeres atractivas con las que compartimos horas de oficina o minutos arriba de un subte, ante todo lo está detrás de las vidrieras y quisiéramos comer o comprar? ¿Hemos hecho la cuenta, hemos tomado registro alguna vez, de la cantidad inconmensurable, inaprensible, imposible de todo cálculo, casi infinita, de pequeñas y grandes frustraciones que hemos experimentado a lo largo de toda nuestra vida, cada día, cada noche, en cada

calle, en cada vidriera, en cada anuncio publicitario, en cada fiesta, en cada película, en cada pastelería, en cada relato, en cada consagración ajena (premios, medallas, etc.), en cada banco, en cada ataque furia y de ira por no poder vengarnos, en cada agencia de viajes, en cada gimnasio, en cada playa…? ¿en qué grutas del inconsciente caben las semillas de todas y cada una de estas infinitas aspiraciones truncadas?

Me estremeció el relato del doctor Zaldívar Williams:

—Me sentí ínfimo, doctor. Tuve la imprudente idea de mirarme al espejo desnudo la noche anterior, antes de ir a una playa nudista por primera vez, y quedé abatido —fue peor que el primer día que salí a la calle después de jubilarme y ya nadie sentía tensión, pánico y adulación reverencial ante mí cuando pasaba por las calles de Tribunales, entraba a un café, un ascensor o recorría pasillos. En la playa tuve desde insolación hasta frío cada vez que se levantaba viento; el calor de la arena me hizo llorar; me sentí muy incómodo; su joven colega Milena me hizo sentir más pequeño de lo que soy, más bajo, más débil, por momentos hasta me percibí como un niño de 82 años; extrañé a mi madre viendo su desnudez; sí, como lo oye; me hubiese gustado que la señorita Milena me levantara en brazos y me llevara a la cama para hacer que me

duerma, y acaso volver a nacer, renovado, como un bebé, de su vientre, todo de nuevo, un nuevo ser humano. Vi la vida en su espléndida luz y hermosura en su cabello castaño y claro joven, su piel de mujer joven, sus manos de mujer joven, su voz de mujer joven, su olor a mujer joven, al mismo tiempo que experimentaba como nunca antes mi cuerpo demacrado, achicharrado, vergonzante, listo para arrojarlo al fuego y comprar uno nuevo. Pero con todo el dinero que acumulé como juez, como latifundista inmobiliario con más de cincuenta propiedades, con cuentas diversificadas en Suiza, en Miami y en Uruguay, no podría comprarlo jamás. Disculpe, doctor Freud, ¿es muy absurdo lo que le estoy contando?

—Desde luego que no, doctor —le dije tratando de contenerlo, pero ya no era posible: el doctor Zaldívar Williams empezó desconsoladamente a llorar; me limité a escuchar y acompañar —estoy seguro que pensaba en su madre, y yo también tuve ganas de llorar.

La única que disfrutó del sol implacable de Río y de su desnudez —además de la narcisa inocencia de Milena— fue inesperadamente la paciente con obesidad, de piel blanquísima: Julieta. Ya no estaba blanca sino totalmente colorada; nunca había tomado sol en su vida; su remera ancha dejaba ver la marca del bikini que usó para la playa: blanca,

puramente blanca contrastando con el resto de su piel enrojecida por el carioca yunque solar. Se la veía animada. Se presentía que había experimentado una satisfacción en este viaje.

—Por primera vez vi hombres que no podían dejar de mirarme. Toda la vida me escondí de los demás, de los hombres, pero ante todo escondí siempre mi cuerpo; siempre con talles anchos, exagerados, para recubrir mi obesidad; usé pantalones abultados que me taparan, prendas que mostraran lo menos posible de mi forma corporal. En estos días vi hombres hasta intimidarse cuanto intentaron hablarme —me dijo emocionada, y en un momento soltó una lágrima cuando confesó avergonzada que uno de ellos no pudo contener una erección cuando empezaron a hablar. —Desnuda me sentí plena y poderosa, doctor. Lamento que al regresar a Buenos Aires no voy a poder hacer mi vida diaria desnuda pero no volveré a esconder mi cuerpo a los demás.

La joven de repente dejó de hablar; su rostro evidenció una preocupación, una angustia:

— Pero a la vez siento que necesito protegerme de algún modo. Me preocupa, doctor Freud, sentir que el mundo exterior, y en especial los hombres, puedan hacerme daño en cualquier momento; me preocupa sufrir desengaño, fraude, mentiras. ¿Quién me protegerá, doctor? En los últimos años

temí reiteradamente que algún hombre me siguiera por la calle para matarme por ser mujer. ¿Cómo puedo manejar eso? Me siento en constante peligro.

Cuando hablaba acerca de sus miedos la vi muy perturbada; su ánimo relajado y alegre con el que empezó la sesión había devenido en estos últimos minutos en angustia y temor.

En un balance general, el viaje a la experiencia de la desnudez había dejado tristeza, remordimiento, insatisfacción y desesperanza, antes que ninguna otra cosa. Y además terminé recordando a mi madre, invadido por la melancolía. El próximo programa de grupo —si hubiera otro— sería de una temática muy alejada de la exhibición y la desnudez del cuerpo. La humanidad jamás podrá vivir en la desnudez adánica —a no ser que se trate de su último y efímero estadío de la de decadencia de la especie, previo a su desaparición.

8.

Al regresar a Buenos Aires, volvía en un taxi hacia el hotel, inexplicablemente agradecido de esta pequeña aventura que jamás hubiese concebido posible en mi imaginación.

No era la primera vez que los taxistas se ponen a conversar; en esta ciudad inician con descarada habilidad una conversación de la que uno no puede sustraerse. Me había propuesto, incluso ya antes del viaje a Río de Janeiro, la descortesía de no acceder a estas inútiles y desgastadoras conversaciones triviales arriba de un taxi. De manera que imposté mi más fría seriedad desde que entré en el taxi y fingí un español muy tosco y mal pronunciado. Pero no sirvió de mucho: no había pasado un minuto y el taxista me preguntó si venía para la conferencia de Robin Hood.

—¿De quién? —le pregunté con una articulación del idioma clara, distinguible, porque no comprendía de qué me estaba hablando; sin darme cuenta, había caído en la trampa una vez más, y no podría evitar la charla arriba del taxi.

—Robin Hood, está de visita en la Argentina. Llegó ayer a la noche, escuché que viene a presentar su nuevo libro.

No podía evitarlo; necesitaba pedirle que me diera más precisión sobre lo que estaba diciéndome. Si lo hacía, conversaríamos todo el resto del viaje, y el tránsito caótico del mediodía hace los viajes en taxi sean muy largos.

No pude más y le pregunté:

—¿El que robaba a los ricos para dar a los pobres, de chaqueta verde? —le pregunté, y me

reproché mi falta de carácter por rendirme y acceder a la conversación.

—¡Claro! —gritó el taxista, gozoso, como si celebrara que caí en su trampa. —Hoy va a dar una conferencia abierta en la Facultad de Derecho, ¿sabe dónde queda?

—No, pero tengo compromisos y cosas que hacer. Le agradezco la información.

La charla fue interminable como el viaje; me preocupó ser tan débil como para no poder eludir una conversación con un desconocido, y al mismo tiempo la volatilidad de mi ánimo con la que pasé del fastidio a la sumisa resignación en cuestión de minutos. Mientras tanto, pensaba en este acto o conferencia desconcertante pero a la vez irresistible: el mítico y legendario Robin Hood, a pocas cuadras del hotel en el que me encontraba… no podía perdérmelo. Desconocía que Robin Hood tenía una obra escrita; nunca imaginé que finalmente se dedicara al oficio de escribir libros y viajar dando conferencias.

Mi idea era tenderme a descansar un rato largo en el hotel pero todo había cambiado. Pregunté al conserje en el mostrador a cuántas cuadras estaba la facultad y me dio indicaciones de como llegar.

Ya se divisaba una gran congestión de público antes de subir el puente peatonal de la avenida Figueroa Alcorta. Predominaban los jóvenes, pero

también se veía gente de todas las edades; muchos viejos, como yo; algunas agrupaciones políticas y puestos de comida precarios improvisados en la vía pública y en las plazas, con pancartas y cánticos golpeando monótonamente unos tambores —"el bombo", le llaman—, absurdos, grotescos e insoportablemente ruidosos. Pregunté a una jovencita, que parecía trabajar en la universidad, dónde era la conferencia y me dijo que en el aula magna, y me guió unos metros por un enorme pasillo.

Estaba colmado de público, traté de acomodarme lo mejor que pude. La llegada de Robin Hood fue impuntual, se demoró como una hora. En uno de los pasillos, empapelados de afiches con la cara del famoso ladrón justiciero, vi unas mesas con varios ejemplares de sus libros; sobresalía uno, que llevaba el siguiente título: *Cien años de perdón*, pero al parecer ése era un libro viejo, un clásico, y el libro que venía a presentar era otro, y lo confirmé porque había una gigantografía en el aula magna junto al panel de oradores, que llevaba este curioso título: *Un granito de arena*, y de subtítulo: *Un mensaje para los jóvenes del mañana*.

Finalmente, entre aplausos, excitación y algarabía desbordante, hizo su entrada el célebre y universal Robin Hood, viejo pero vital, de traje y corbata pero con su inconfundible sombrero verde

con la pluma. Cuando se sentó me percaté de que también tenía una llamativa corbata verde.

— ¡Hola, Argentina! —y la sala se estalló en gritos y aplausos de nuevo—. Estoy muy feliz de volver a este país que visité en otras ocasiones y que tan bien me trató. Es uno de los pueblos que mejor me ha tratado. Por eso quiero mucho a la Argentina.

Luego de decir esto, Robin Hood sacó de un bolsillo su discurso, y prosiguió leyéndolo. En su discurso hablaba sobre la situación mundial, la pobreza, la concentración de la riqueza, pero también de la ecología, los animales y el cuidado del planeta en general:

— Debemos ir hacia una economía sustentable. Lo dije hace poco en Nueva York, invitado por las Naciones Unidas a dar una conferencia: tenemos que ir hacia un mundo con consciencia responsable por el medio ambiente —decía y exhibió datos y mapas de los remolinos de residuos de plástico en los océanos.

En el panel, junto a él, acompañando, había dirigentes y políticos oficiando de moderadores; no estaba muy al tanto de la política local como para identificarlos uno por uno.

—Lo reiteré hace poco en Suiza y también en el Foro de San Pablo: ¡el mundo ha cambiado! —gritó Robin Hood, poniéndose de pie y tomando el

micrófono en la mano—. ¡La riqueza no es el enemigo de los pueblos sino el aliado de los pueblos! ¡Ningún pobre saldrá de la pobreza si no es creando más riqueza! Para eso debemos promover la actividad económica, las inversiones, la creación de empleo —el público volvió a aplaudir, vibrante del júbilo.

El éxtasis y la euforia estarían por desatarse en los próximos minutos cuando empezó a agitar su último libro, caminando por el escenario.

—¡No podemos enfrentar a los ricos con arcos y flechas y escondernos en el bosque! ¡el mundo cambió! Los ricos hoy tienen que ser nuestros aliados: ¡ésa es nuestra lucha! ¡la lucha por crear más y más comedores, más asistencia pública y privada a los que más necesitan! ¡Debemos aumentar la productividad, abrir fábricas, crear industrias, atraer inversiones…! ¡vivimos en el mundo de la info-rmación y del conocimiento! ¡es ésa la lucha de nuestro tiempo! ¡tenemos que regalar una sonrisa a los pobres, como decía el Papa Francisco! ¡tenemos que salir del bosque, deponer las flechas, y po-nernos a la altura, porque de otro modo seremos aplastados por el mundo que viene y las nuevas revoluciones tecnológicas! —decía Robin, y la sala bramaba … e incluso tuvo interrumpir unos según-dos su conferencia porque los jóvenes entonaron cánticos de cancha de fútbol con consignas socia-

les y revolucionarias; banderas del icónico "Che Guevara" y de referentes históricos argentinos y sudamericanos ondeaban en la sala entre ráfagas de humo colorado de una bengala.

—¡El desafío es sumar nuestro granito de arena! ¡No cambiaremos al mundo enfrentando poderes económicos! ¡nos pasarán por arriba, son muy poderosos! ¡no! ¡no podemos pelearnos con la propiedad privada! ¡debemos aliarnos en la lucha con los buenos empresarios, con los grandes magnates filántropos y con los terratenientes con sensibilidad social! ¡no podremos volver a las ideas del pasado! ¡hoy no se arreglan las cosas disparando flechazos a los que más tienen ni asaltando los barrios privados! ¡ya no es posible! ¡debemos mirar hacia adelante! ¡debemos promover la producción, la competitividad y la actividad económica para sacar más y más gente de la pobreza! ¡debemos crear más y más fuentes de trabajo! ¡Hoy la verdadera lucha es la de la información y la tecnología, insistir en la acción solidaria y asistencial! ¡más comedores, más amor, más ecología! ¡y es en esta lucha donde suma nuestro pequeño granito de arena! ¡el tuyo, el mío, el de todos!

Entre una explosión de aplausos, emociones, vitoreo, bramidos y euforia, se retiró Robin Hood aclamado y ovacionado por una sala enorme colmada por una multitud.

9.

De regreso, cuando cerré la puerta de la habitación vi un sobre que alguien había dejado debajo de la puerta. Estaba escrito en alemán:

> "Doctor Freud,
>
> Esta noche cantaré en un concierto de tango. Lo incluí en mi lista de invitados. Al dorso está la dirección. Sería un honor contar con su presencia esta noche.
>
> Deine Suzanne."

Pensé que todos los argentinos escucharían o bailarían tango, pero empiezo a notar que es un

atractivo turístico para extranjeros. No sabía que Suzanne integraría una orquesta de tango. Tampoco ostentaba mucha naturalidad en su español… ¿cantaría en alemán… o en inglés acaso? Me llamó la atención que Elena no me hubiera avisado. Quizás no estaba al tanto.

En Buenos Aires, me contaron, hay muchos edificios públicos que pertenecieron a distinguidas familias adineradas del siglo XIX; es común encontrarse con pequeños palacios donde se realizan actividades artísticas o educativas. Uno de ellos se había habilitado y acondicionado para conciertos, y en él cantaría en un rato Suzanne. Quería ubicarme en un lugar discreto, casi inadvertido. Entre dos enormes columnas, donde menos llegaba la luz, cubierto por los maceteros enormes y muchas plantas, ubiqué una pequeña mesa con dos sillas y no dudé en instalarme ahí. Traté de ponerme cómodo aunque sentí una mirada atrás mío, a un costado, en otra de las mesas. No quise darme vuelta pero estuve atento: percibía su mirada, como si me hubiese reconocido. De momento ya estaba junto a mí, de pie, extendió la mano para saludarme y se presentó:

—Doctor Freud, permítame presentarme: mi nombre es Jacques Lacan, un placer saludarlo.

Quedé estupefacto… ¿éste era el famoso Lacan? Pero, ¿qué hacía acá? ¿me estuvo siguiendo? Me puse de pie y le respondí el saludo:

—Un placer, señor Lacan. ¿Vino a usted al concierto?

—Soy amigo de Suzanne, doctor, ella me hizo llegar la invitación.

Quedé atragantado cuando me dijo eso: ¿amigo de Suzanne? Pero eso no era todo:

—Me invitaron a dar un seminario en un instituto de Buenos Aires, y estamos en el mismo hotel que Suzanne. Me dijo ella que usted también estaba alojado en él, doctor, y no quise perderme la oportunidad de conocerlo.

Era demasiado: el supuesto discípulo francés renovador del psicoanálisis era amigo de Suzanne y estaba parando en el mismo hotel que yo… Me sentí muy incómodo, fastidiado; pero también, por qué no admitirlo: celos. De pronto quise irme del concierto, y también de ese hotel. Presiento que este sujeto no le hace bien al psicoanálisis. Ensayé una excusa para irme: hablarles de una llamada internacional que recibiría en un rato.

—¡Señor Lacan, me han hablado de usted! —le dije, con un gran esfuerzo para mostrarme amable— Acabo de recordar que a las 23 hs. iba a recibir una llamada telefónica desde Italia.

Inesperadamente apareció entre nosotros la mismísima Suzanne: altísima, espléndida, avasallante, con una trenza larga recogida como un rodete y la brillante gargantilla negra —y no repararé en más detalles. Se veía complacida en vernos juntos, mientras que mí me provocaba exasperación la presencia no esperada del señor Lacan. Nos pidió que nos sentáramos un momento con ella:

—El show viene demorado, así que aproveché a beber un trago antes de empezar.

Luego trató de presentarnos, de animar una conversación entre nosotros; de mi parte seguí procurando disimular mi fastidio y al mismo evité involucrarme demasiado en la conversación. Suzanne apoyó su mano sobre la mía, y se dirigió al "salvador del psicoanálisis" con este comentario:

—¡Señor Lacan, justamente ayer estaba leyendo uno de los seminarios! ¿Sería tan amable de explicarme, aquí, aprovechando la presencia del doctor Freud, aquello de que estamos "capturados por el lenguaje"? Me pareció algo muy interesante…

Sólo me faltaba eso: ver a Suzanne encandilada, hipnotizada por este sujeto, y obligándome a escuchar una exégesis de sus propios seminarios.

—Con todo gusto, querida amiga. Le voy a dar un ejemplo muy didáctico. ¿Recuerda que en el hotel hay una pecera? Imaginemos un pez, en el

agua, que nunca salió del agua, que nació en el agua, que come en el agua, que se reproduce en el agua y que nunca conocerá nada sobre el mundo más allá de lo que conoce a través del agua. ¿Hasta acá me sigue?

—¡Por supuesto, profesor! ¡adelante!

—Pues bien, eso es lo que quise decir cuando dije estamos capturados por el lenguaje: así como el pez no puede saber ni experimentar nada acerca de la tierra, el fuego o el aire si no es a través del agua, de la misma manera no hay pulsiones ni inconsciente ni superyó ni realidad sino *en* el lenguaje.

Al oír eso, no pude contenerme de hacerle un señalamiento; con tono de objeción, traté de incomodar un poco al "profesor":

—¿Pero lo que está planteando no es acaso un pan-lingüismo, señor Lacan? Siguiendo con el ejemplo, ¿no sería acaso como que el pez de su metáfora declarase que fuego, tierra y aire, en realidad no son más que agua, agua y agua?

Suzanne se echó a reír. Me regodeé pero no lo suficiente: me hubiera encantado humillarlo un poco, ponerlo en su lugar; pero solamente había conseguido incomodarlo delante de Suzanne, lo cual tenía su mérito y no puedo negar que fue muy agradable.

—¿Qué responde a eso que el doctor Freud acaba de plantear, profesor Lacan?

—Querida Suzanne, ¿podrá alguna vez el pez en la pecera experimentar la tierra si no es el agua, el fuego sino es a través del calor del agua y el aire sino como burbujas en el agua? A eso me refería con la captura: no podemos ver ni hacer ni conocer ni intuir ni desear ni demandar si no es en el lenguaje, desde el lenguaje, por el lenguaje.

El señor Lacan logró quedar un poco mejor parado con su respuesta. Sin embargo, su sonrisa pícara y distendida se había borrado de su cara. Eso ya era una pequeña victoria.

—Profesor Lacan —dijo Suzanne, cambiando de tema para hacer otra pregunta— también leí que el goce es "para otro" y que "el goce no está en el cuerpo". No pude comprenderlo del todo pero me resultó fascinante.

Con un despliegue de ademanes histriónicos, el "profesor" iba recuperando la efusividad que tenía hace un rato:

—Le voy a explicar, *meine Suzanne* —y mientras se ponía de pie, ¡se cortó la luz en todo el salón! Creí en Dios por un momento: un inesperado milagro había arruinado la exhibición de charlatanería y picardía de este sujeto, y me había dado la excusa perfecta para desaparecer en la oscuridad.

En medio del revuelo y la confusión ante el apagón sorpresivo, sigilosamente me fui alejando, aduciendo que iba a ver qué había sucedido. Me

sentí libre. Estaba viviendo una situación asfixiante; hasta Suzanne había empezado a parecerme molesta. Necesitaba irme, estar fuera de ese lugar.

Me volví caminando. Aunque estaba perdido en la oscuridad, sin saber cómo regresar, no me importaba mucho: de algún modo volvería y disfrutaba de la oscuridad de la noche, de un cielo oscuro que no puede verse por la contaminación lumínica de esta época.

La gente estaba en la puerta o en los balcones. Si no volvía la luz, todos se irían irremediablemente a dormir más temprano, y si el apagón se extendía durante días, irían recuperando un biorritmo natural, como el de las aves, las flores, los océanos, los animales… Yo fui testigo de esa transformación; nací en un mundo de transición; me han contado que el daño provocado por la electrificación del mundo y la alteración de la luz artificial causaron daños graves incluso hasta una reina de Inglaterra.

Me senté en un bar, en el lugar menos ruidoso que encontré cerca de alguna ventana que dejar entrar a la luz de la luna, la única que había en ese momento. Recordé la Eneida, el libro VI, donde Virgilio describe el mundo de las sombras, al comienzo del libro. De pronto imaginé que éramos sombras; bajo la única luz de la luna no había más que siluetas, contornos, figuras oscuras que sin

embargo hablaban, se movían, pero no tenían rostro. La diferencia entre el Averno y nuestro mundo no era más que la luz solar, la diurna luz del día. ¿Será así la vida de ultratumba? Si no es algo parecido a un retorno a la inorganicidad mediante un largo proceso de descomposición hasta el destino final de lo inerte, imagino que debe ser parecido a esto: una tenue y lejana luz en medio de una oscuridad predominante y profunda, con las percepciones sensoriales disminuidas, vagando sin rumbo y sin orientación, como yo mismo en ese café en una ciudad a oscuras. Algo existencialmente pavoroso empezó a estremecerme; como decía Pascal: el silencio eterno de las inmensidades infinitas del espacio me aterra…

Le silence éternel de ces espaces infinis m'effraie…

10.

Por esos días volví a ver a Milena. Me dijo que había un paciente, el señor Conde, que había solicitado una sesión privada antes del viaje a Río de Janeiro y que le había explicado que el doctor Freud no tenía programado brindar en Buenos Aires sesiones privadas. Me contó que, de regreso,

volvió a recibir llamados de este señor, insistiendo que quería conocerme.

—Primero me dijo que se llamaba Conde —me contaba Milena, desconcertada— después me dijo Vladimir; me explicó que lo conoció en uno de sus viajes por Moldavia. Lo agendé como Vladimir Conde. Vive en la provincia de Mendoza pero me contó que va estar mañana de viaje por Buenos Aires porque tiene una audiencia con el Presidente de la Nación al mediodía; hace un rato me acercó a través de su secretaria una invitación para usted, para cenar con él, mañana a las 20 hs. en su casa. Por lo que vi en la dirección es Barrio Parque, no es muy lejos.

¿Quién podría ser este Vladimir? ¿Señor Conde? ¿Moldavia? Nada se asomaba en mi memoria. Evidentemente era alguien importante, reconocido, supuse.

·

—¡Doctor Freud! ¿No se acuerda de mí?

—¡Por supuesto! ¡Cómo no acordarme! ¡Conde Drácula!

Nos dimos un fuerte abrazo.

—¡Qué cambiado se lo ve, señor conde!

—¡Así es! Recuerdo que había venido con su joven discípulo Carl Jung, que quería conocerme.

—¡Claro! La última vez nos vimos había sido, efectivamente, en un palacio de Moldavia… usted dormía en un féretro enorme de madera, ¿sigue durmiendo ahí durante el día?

—¡No, doctor, ya no! Conocí hace muchos años a una señorita argentina hija de familia de diplomáticos, Margarita Cano de Larrea —me la presentó en una foto que había sobre la biblioteca y me explicó que se encontraba de viaje por Miami—me robó el corazón y como era muy católica me convenció de empezar a sustituir la sangre por el vino. Me enamoré ella, ¡y después del vino…! Nos vinimos para la Argentina, y fundamos algunas bodegas en la provincia de Mendoza.

—No lo puedo creer —le dije —, ¿y ahora se ha estado de dicando a producir vinos?

—No solo eso, doctor Freud: a muchas cosas más; con Margarita tenemos campos, ganadería, un banco interprovincial, inversiones en energía y petróleo, una marca de ropa elegante para mujer con locales en todos los shoppings del país abiertos los siete días de la semana, una empresa de calzado de cuero, algunos supermercados abiertos las 24 horas inclusive el 1 de enero, hoteles y más de 270 departamentos de alquiler en Buenos Aires.

—¡Qué maravilla, señor Conde! Veo también que ha cambiado su aspecto, su color… ¡está bronceado!

—Así es, doctor, es que hace diez días participé de una maratón en Fort Lauderdale: hace años que salgo a correr 20 kilómetros de lunes a viernes antes de comenzar el día. ¿Recuerda ese féretro de madera? Lo quemamos con mi esposa para hacer un asado, nuestro último asado, media res de vaca al asador, cuando nos comprometimos con mi enamorada a abrazar la causa vegetariana.
—¿Se ha hecho vegetariano también?
—Por supuesto, me he vuelto un enamorado del deporte y de la vida sana. Margarita, de hecho, tiene una fundación que promueve el veganismo y los principios de la ecología; justamente está de viaje por Miami para inaugurar un restorán vegano. ¿Sabe qué, doctor? Amo a este país. Me ha dado lo que más quiero en el mundo, que es Margarita, que ha cambiado mi vida; gracias a este país y todas las posibilidades que me brindó, he dejado atrás esa vida, esos métodos insanos y anacrónicos. A veces me veo películas o series de televisión ¡y no puedo creer cómo pude vivir tanto tiempo en un féretro, convirtiéndome en vampiro y chupándole la sangre a los demás!

Me alegró volver a ver al conde Drácula, sobre todo tan cambiado, renovado y feliz. Fue paciente mío muchos años. Lo atendía cuando viajaba por esas regiones de Europa oriental, en algún palacio o mansión donde nos hospedábamos, pero mayor-

mente a través de intercambio epistolar; justamente con el conde fue que empecé a indagar las posibilidades del psicoanálisis y la asociación libre a través de epístolas —después de todo, hoy hay "psicoanálisis *online*", me contó Elena. Recibía correspondencia suya todos los meses, incluso llegué a tener extensas cartas de unas ochenta páginas. El señor Jung estuvo muy interesado en su caso y me insistió para que lo llevara a conocerlo en alguno de mis viajes, y así fue.

Recuerdo que pernoctamos en el castillo durante una semana sin rastros sobre su paradero; el mayordomo, Andrei, más tétrico que su amo, lo había visto por última vez bajo la forma de vampiro; regresó una semana más tarde, para alivio de todos, y entonces pude presentárselo al joven doctor Jung. Una paciente mía, que omitiré su nombre, fue la que nos puso en contacto; ella pertenecía a la nobleza húngara, y llegó a mí porque se había vuelto adicta a beber sangre humana. Me contaba que se reunían en fiestas, en palacios retirados y alejados, casi clandestinamente, a las que asistían notables, banqueros, actrices, personalidades distinguidas, algunos escritores ingleses, franceses, alemanes, y hacían largos retiros donde se realizaban orgías, intercambios de parejas, rituales extraños donde bebían sangre, según ella, para prolongar el vigor y la vitalidad. En efecto, el conde Drácula decía tener

más de quinientos años. No sé si será verdad, ¡pero esa noche que nos reunimos a cenar en Buenos Aires lo vi más joven que nunca!

Admito que el conde, en aquellas épocas en que lo conocí, a pesar de su halo tenebroso, era un hombre encantador: un caballero, cultísimo, educado, y buen mozo para las damas; un infatigable lector, le apasionaba la geografía, los avances científicos, los cigarros, y mostraba un inmenso interés por las religiones orientales. Incluso tenía proyectado un viaje muy largo por Asia Central a través de la legendaria Ruta de la Seda. Tenía un poder de seducción magnético, sobrenatural; jovencitas rebosantes de hermosura entregaban sus hombros y cuellos desnudos al conde como si se estuvieran entregando a una demanda divina: con fe y devoción.

La célebre escritora y discípula mía Lou Salomé frecuentaba esos lúgubres retiros, hasta llegó a insinuarme un romance con el conde Drácula, sobre el cual no quise indagar más allá de lo que ella decidiera contarme. Lou me contó también que todo lo que escribió Bram Stoker sobre Drácula se lo contó ella, y que, herido por el rechazo amoroso, se inventó lo del profesor Ármin Vámbéry que le contaba historias folklóricas rumanas terroríficas para vengarse de lo que —infiero por lo que ella me contaba— no era sino una frustración erótica con

Lou. (Lou Salomé era descollantemente atractiva, pero también una poderosa bruja —no entraré en más detalles para no violar el secreto profesional.)

Antes de irme —ya eran casi las 2 de la madrugada— nos despedimos con el conde Drácula con un fuerte abrazo.

—Me alegró mucho verlo, doctor Freud. Hacía décadas que no me quedaba despierto hasta tan tarde … como le dije, ¡soy un deportista cultor de la vida sana!

—Siempre supe que nos volveríamos a ver, querido conde.

Ya casi en la puerta, poco antes de su chofer me abriera la puerta del coche para llevarme al hotel, me entregó un pañuelo diminuto de seda púrpura atado con un cordoncito de oro.

—Es un obsequito para usted, doctor Freud; ya no los necesito. El otro se lo envié de regalo a un famoso director de cine hace muchos años. ¡Hasta siempre!

No lo abrí hasta llegar al hotel. Me emocioné cuando tiré del áureo cordel y vi lo que había en el pañuelito púrpura: era uno de sus colmillos.

11.

No estaba cansado, a pesar de que era tarde cuando volví al hotel. Mi reencuentro con Drácula después de tantos años —¡casi un siglo! — me había hecho sentir rejuvenecido. La vitalidad de este hombre, su optimismo, su color bronceado, su cuerpo deportivo, su entusiasmo y sus ganas de vivir, me habían contagiado.

Al abrir la puerta, otra vez un sobre blanco con una nota. Pensé en Suzanne —¡gracias a esta inolvidable cena con este viejo amigo me había olvidado de ella durante horas, cosa que no había podido lograr desde que la conocí por primera vez aquella noche en Buenos Aires!

> "Doctor Freud,
>
> Quiero pedirle disculpas. Debí haberle informado que el señor Lacan también estaba invitado. A propósito, ya no está en el hotel: se ha marchado este mediodía de regreso a Francia, su ciclo de seminarios finalizó el jueves.
>
> Doctor, no he tenido oportunidad de tener una conversación más cómoda y distendida a solas con usted hasta hoy, donde pudiera hablarle más de mi

vida y de mi interés por el psicoanálisis. Soy psicoanalista —debí decírselo desde un principio—; me formé en Paris y en Buenos Aires, y conocí el tango en los años que viví en forma permanente en esta ciudad. Tengo toda su obra en alemán en mi casa, en Hamburgo, y algunos libros traducidos al español y al francés.

Durante años quise conocerlo en persona, y debo agradecer invalorablemente a nuestra amiga en común Elena que lo haya hecho posible.

Doctor Freud, me tomo el atrevimiento de proponerle acompañarme a un viaje en crucero que realizaré a las Islas Galápagos en pocos días; es el primer crucero consagrado al tango hasta hoy. Serán 22 noches y 23 días, donde se llevará a cabo un Mundial de Tango en pista y aspiro a llegar hasta los primeros puestos; ya tengo mi pasaje y mi clasificación para participar del torneo de baile, y he reservado un pasaje para usted, en caso de que acepte mi invitación. Estaremos solos, usted y yo. Aguardo su respuesta para confirmar la reserva.

Deine Suzanne.

¿Tres semanas en alta mar en un crucero por el océano Atlántico y el Pacífico? La última vez que crucé el océano en un barco funcionaban a vapor. Hace varias décadas que no conozco otro transporte que el aéreo, o el tren. ¿En un crucero con Suzanne? ¿"Estaremos solos, usted y yo"? Mi idea era pasar unas pocas semanas en Buenos Aires… Esta propuesta era desconcertante.

Me senté a escribirle una nota a Suzanne, para dejarle una respuesta antes de irme a dormir. Escribí y rompí varias notas; no sabía cómo decirle que no pero que al mismo tiempo quería volver a verla. ¿Pero si quería volver a verla, por qué no aprovechar esta ocasión? Tres semanas escuchando tango era demasiado para mí… Junto con la nota, dejó unos folletos de viaje: el crucero contaba, al parecer, con absolutamente todo, como una pequeña ciudad flotante. Detesto el turismo, este costoso y frívolo pasatiempo contemporáneo, sin hablar de sus efectos depredadores sobre pueblos y ciudades de todo el mundo… ¿cómo iba a poder soportarlo?

Pulsión de vida, Eros, Venus, *Wille zum Leben*, huida del vacío, magnetismo animal, hechicería,

sortilegio… Algo de todo eso me indujo a decidirme por aceptar la invitación a este viaje insólito, arriba de una especie de hotel “5 estrellas” flotante en el que sonaría tango todas las noches durante tres semanas.

Recién volví a ver a Suzanne en el puerto de Buenos Aires, a doscientos metros del inmenso, colosal, titánico crucero. Estaba vestida como no la vi nunca antes: informal, deportiva, con una mochila enorme y anteojos negros; se parecía más a una aventurera, a una alpinista de los Alpes suizos, que a una bailarina de tango. Le causó gracia verme de traje y corbata, y me dijo que abordo había tiendas, hasta un shopping, donde me llevaría a comprarme ropa más apropiada.

Había una multitud de gente con bolsos, y muchos músicos con equipos e instrumentos; se observaban notablemente más mujeres que varones; mujeres de treinta a sesenta años la mayoría, aunque no faltaban bailarinas mucho más jóvenes, y por supuesto señoras de avanzada edad, de esas que superpueblan las milongas de Buenos Aires.

—Doctor, pedí habitaciones separadas porque pensé que querría tener su propio espacio y su intimidad durante tres semanas —me dijo Suzanne como disculpándose.

Durante horas no paró de subir gente, equipaje, artefactos de los más diversos, a ese crucero. Cuando subimos, me daba la impresión de que era imposible llegar a recorrerlo en tan pocas semanas.

Suzanne despareció en busca desesperada de unas cervezas, mientras me quedé mirando desde la cubierta los rostros y la fisonomía de esta multitud de personas. Me llamó la atención la cantidad de asiáticos que había —japoneses, mayormente, pero de seguro habría chinos, coreanos, de seguro.

En verdad, sentí que era un acontecimiento homologable a la historia del arca de Noé; como si una selecta muestra de la humanidad fuera la elegida para subir a esta gigantesca embarcación y salvarse de un diluvio inminente. No faltaba, en efecto, nada en este crucero. "Creo —pensé— que una humanidad renovada y superior podría fundarse, si ocurriera un diluvio, a partir de todo lo que veo abordo de este crucero a mi alrededor".

La primera noche fue una cena de bienvenida, como una fiesta de inauguración del certamen mundial de tango pista. Al fin pude compartir una cena a solas con Suzanne. Sólo por esto la estrafalaria idea de viajar arriba de un crucero estaba justificada.

Suzanne era muy conocida en el mundo del tango, y se pasó la noche saludando parejas, bailarinas, campeones de tango, músicos... era una mujer nacida para ser una diva, una emperatriz, una famosa cantante o actriz de Hollywood. No exagero.

Hacia la medianoche se retiró a un salón a ensayar figuras de baile. Me pasé horas por la cubierta del crucero, por primera vez feliz, mirando la luna reflejada en el nocturno mar de color negro, que por momentos me estremecía, dejaba en mí alma un sentimiento desolador. Cuando bajé para buscar a Suzanne me perdí entre ascensores, pasillos enormes, escaleras mecánicas, hasta que la encontré aún ocupada en prácticas de baile. Era sorprendente su energía inagotable para quedarse bailando o cantando tango hasta altas horas de la madrugada los siete días de la semana. Tenía incluso en su habitación un mapa de la ciudad y un enorme cuadro de horarios programados en distintas milongas a lo largo de todo el mes. Conjeturé que únicamente podía explicarse a través una fuerza libidinal contenida, atrapada, potenciada, que no podía descargarse pero que al mismo tiempo era incrementada e intensificada por el baile. Leí innumerables libros de tantrismo, tan de moda durante el siglo XX, y llegué a la conclusión de que en el tango había una clave tántrica: una poster-

gación indefinida de la consumación coital, prolongada a través de una interminable serie de rituales de cortejo, danzas de los cuerpos, abrazos mediados por faldas, camisas, pantalones; piernas que se meten entre otras piernas, sostenidos de la mano, la cintura, y así toda la noche, tango tras otro, pieza tras pieza, revoluciones pulsionales sin fin alrededor del objeto demorado, postergado, imposible. Elena sin embargo me contó que algunas de sus pacientes acudían al tango para tener orgasmos, aunque después sustituyeron el tango por un arte marcial donde se anudan, retuercen y revuelcan en el suelo conocida como *Brazilian JiuJitsu*, llegando una de ellas a ser medalla de plata en una competencia internacional —y que por supuesto no volvió nunca más al tango.

A la tercera noche comprendí que el resto del viaje, los casi veinte días y noches que quedaban por delante, serían más o menos iguales: Suzanne entregada, extasiada por la competencia y el baile, y yo como vagabundo noctámbulo por la cubierta o por la barra pidiendo un whisky para llevarlo a la cubierta. Pensé que quizá podría distraerme conversando con otros pasajeros, pero en cuanto estaban por empezar las competencias de tango programadas para cada día, se iban para buscar una mesa junto a la pista.

Las primeras instancias del torneo eran muy desiguales; eran multitudes de parejas, de lo más variadas, anotadas para competir, y otra improvisadas en el momento, es decir, parejas de baile aleatorias, al azar: a una mujer sola le podía tocar cualquier varón solo. Así, podía verse a un jovencito japonés bailando con una mujer portuguesa de sesenta años; a una mujer altísima con un hombre casi enano, etcétera.

Me fui a fumar un cigarro con mi vaso de whisky bajo la luz de la luna y descansar por un rato de tango y más tango resonando en mi cabeza. Pero ocurrió algo curioso; me percaté de tres señoras hablando en voz baja, muy alteradas, como tramando algo —quejándose de algo. No alcanzaba a oír, pero despertó mi curiosidad.

—Es el de corbata celeste, el pelado.

—¡Sí, el de corbata celeste! —decían como si estuvieran intercambiando información acerca de un hombre para prevenirse de él; no alcanzaba a escuchar mucho más.

No pude resistir la intriga que me invadía y cuidadosamente las seguí a las tres cuando bajaron a la pista. Se separaron y se sentaron en diferentes mesas, pero se miraban, se comunicaban con gestos y miradas muy sutiles. Cuando anunciaron la formación aleatoria de parejas de baile, vi aparecer a un sujeto de unos cuarenta años calvo y de corbata

celeste, y una de las tres mujeres parada en la pista, que cuando supo que era él la pareja que le tocaba, abruptamente se sentó, y el hombre, solo de repente, debió sentarse. El hecho se repitió varias veces a lo largo de la noche, como un complot contra este pobre sujeto, que finalmente no volvió a presentarse para bailar en el resto del viaje.

Inmerso en un involuntario rol detectivesco, empecé a prestar más atención a las miradas, señas, caras, y a las conversaciones disimuladas en la cubierta, en pasillos, en las barras.

Noches después fui testigo de un hecho que me colmó de estupor: el personal médico había descubierto una persona sin vida. No quise inmiscuirme para no llamar la atención, pero quedé estremecido. Se llevaron escaleras abajo, sigilosamente, a un cuerpo cubierto hasta la cabeza, todo tapado. Esa noche no pude dormir. Además empecé a sospechar sobre alguna comida o bebida en mal estado, y temí que fuera víctima yo también por haber ingerido lo mismo. Algo raro estaba sucediendo.

Se repitieron hechos extraños. Había dos mujeres de avanzada edad, que iban cada noche a la pista a la espera de bailar un rato, que habían muerto súbitamente. No pareció conmover demasiado a nadie; el mundial acaparaba toda la atención, toda la adrenalina.

¿Alguien había envenenado a estas señoras? —me pregunté. ¿Pero para qué? ¿qué podía tener en común ese pobre diablo de corbata celeste con estas dos viejas?

Noches siguientes empecé a formular una sospecha: empecé a ver que algunas mujeres jóvenes, con más destreza, más talentosas, empezaban a formar pareja de baile con otra mujer, como una forma de boicotear a hombres con los que no querían hacer pareja de baile. Comencé a percatarme de códigos y miradas de mujeres insinuándose a hombres para que las saquen a bailar un tango, aquellos hombres que ya habían comprobado que eran buenos bailarines. Empecé a darme cuenta de que la mayoría ya había efectuado una selección minuciosa de una nómina de hombres con los que querían bailar: aquellos que habían comprobado que bailaban mejor, y rehuían mediante estos boicots de aquellos que no les interesaban, o que procuraban evitar, porque bailaban mal o eran torpes principiantes. Mis sospechas acabaron siendo más escalofriantes cuando se presentó en mi cabeza la hipótesis de pudieran estar matando o envenenando mujeres poco agraciadas, o de avanzada edad, y hombres que no sabían bailar bien. ¿Podía ser eso posible? Me pareció un macabro disparate; en altamar pueden producirse locuras, alucinaciones, actitudes impredecibles en

un ser humano; pero no conseguía disuadirme completamente de esa idea.

Temí por mi vida, aunque, si mi escabrosa hipótesis era acertada, yo estaría a salvo, dado que no me presentaba a los bailes. Seguramente sugestionado con los acontecimientos, empecé a ver cosas extrañas por todas partes. Por ejemplo, el mismo día que vi a una mujer ser rechazada como pareja de baile tres veces seguidas, la vi desaparecer de la pista de baile, y más tarde vi que arrojaban una enorme bolsa negra por la borda, y nunca más volvimos a verla. Pero ya no me quedarían más dudas cuando llegó el terrible y lúgubre momento en que vi homicidio con mis propios ojos: el de un jovencito que había bailado con unas mujeres mayores —que yo mismo lo escuché quejarse después, en la mesa, de que lo habían pisado con sus tacos altos en castigo por su mal desempeño como bailarín—; horas más tarde, pasada la medianoche, lo vi en las escaleras de emergencia amordazado y maniatado en las escaleras de emergencia; cuando intenté desatarlo vi que tenía una herida abierta en la espalda, seguramente por una puñalada, y estaba desangrándose; corrí a buscar ayuda, pero al volver con los médicos había desaparecido, se lo habían llevado.

—¿Está seguro de lo que vio? —me dijo uno de ellos; y temiendo que fuera parte de la confabu-

lación, fingí dudarlo y no di reporte a ninguna autoridad del crucero sobre mis sospechas.

Pero ya no había más dudas: una serie de aterradores homicidios silenciosos estaban llevándose a cabo desde hacía varias noches en ese crucero. A partir de ese momento simulé no darme cuenta de nada, deseando llegar a destino lo antes posible y volver en un avión a cualquier ciudad del mundo civilizado.

Contabilicé que habrían desaparecido o muerto no menos de unas treinta personas. No casualmente, los faltantes eran los hombres que bailaban peor y las mujeres menos atractivas y de mayor edad. ¿Era posible que los hombres más talentosos para el baile se estuvieran reuniendo en secreto para dirimir cómo eliminar a las mujeres viejas y feas del certamen? ¿Era posible que las mujeres estuviesen tramando la eliminación selectiva de los hombres que bailaban mal?

Faltaban menos de tres días para arribar a nuestra última escala antes de las islas Galápagos: Guayaquil. Percibí tensión y nerviosismo por esos días, y un ánimo enrarecido durante la noche en la pista de baile. Por primera vez empecé a ver reuniones en voz baja en pasillos o mesas alejadas, donde parecían preocupados por algo que no pude identificar qué era. Sospeché que estarían con temor de que se descubrieran los crímenes y desa-

pariciones misteriosas, o que inclusive ya hubiesen encontrado los cadáveres ocultados o lanzados por la borda. Creo que lo que temían era algún rumor acerca de una posible inspección de las autoridades ecuatorianas —prefectura, policía marítima, algo por el estilo — a bordo del crucero.

Esa noche intenté poder hablar a solas con Suzanne para ponerla al tanto de lo que estaba sucediendo. Me costó encontrarla: no estaba en su habitación, ni en los distintos salones y pistas, ni en la cubierta, ni en los bares. Por la mañana la busqué en la pileta; nunca había ido antes: la mayoría de las bailarinas del certamen estaban tomando sol, o jugando en el agua, mientras eran deseadas y admiradas en secreto por todos aquellos hombres que habían quedado fuera y desclasificados, intentando disfrutar los días y las noches que le quedaban a este viaje en crucero contemplando a estas mujeres de poco menos que sobrenatural belleza y esbeltos movimientos. De pronto me tocan suavemente el hombro y veo que era Suzanne, con un diminuto bikini y una toalla, junto a su pareja de baile, un fornido sujeto de pelo oscuro que, sacando pecho, y mirándome por encima del hombro detrás de unos lentes oscuros de sol, extendió su mano para saludar; Suzanne nos presentó:

—Doctor Freud, él es Conrado Murena, mi pareja de baile —y me apretó la mano hasta hacer

crujir mis nudillos, como intentando dejar en claro una relación de fuerzas, o peor, una forma de amenaza.

Le expliqué a Suzanne que la estaba buscando para hablar con ella pero su acompañante no se mostraba muy respetuoso ni dispuesto a permitirnos hablar un momento aparte. Se quedaba junto a ella, observaba todo y trataba de imponer su presencia. No podía hablar de un tema tan delicado con un tercero escuchando, de modo que le dije que más tarde hablaría. Suzanne quedó perpleja, e intrigada, y cuando me alejaba me pidió, lamentándose, que la busque en su habitación.

Esa noche me acerqué a golpearle la puerta en algunas oportunidades, pero nada: seguramente estaba ensayando.

Cuando fui a la barra a pedir mi whisky de cada noche me quedé solo relajado mirando un partido de fútbol en una pantalla gigante, antes de irme a dormir. No sabía ni quién jugaba contra quién, pero para no aburrirme ni quedarme dormido resolví simpatizar por los azules, que en el último minuto acabaron perdiendo. Hubo algo que me llamó mucho la atención: a poco de empezar el baile de tango de la noche, un grupo de bailarinas se juntaron a conversar en voz baja en unos sillones, al otro lado de la barra; parecían preocupadas; aparecieron dos hombres, bailarines, y se sumaron

a la enigmática reunión, en la que parecían prevalecer ánimos alterados. Juro haber escuchado escuchar a alguien hablar sobre "los cuerpos", "qué hacer" con "los cuerpos". También creí escuchar algo acerca de la una posible requisa y allanamiento.

Volvía sugestionado por el pasillo para acostarme y vi la puerta de la habitación de Suzanne que había quedado abierta. Me pregunté si la habría dejado así con alguna intención, o acaso estaba por volver a salir. Seguí caminando pero me detuve; me preocupó que alguien hubiese violado la cerradura o entrado a robar, o algo peor, considerando los homicidios y desapariciones a bordo del crucero. ¿Qué hacer? Me quedé un rato esperando, a pocos metros, temiendo que nada tuviera que ver con los extraños acontecimientos que estuvieron produciéndose en el crucero durante varias noches. Al final tomé la decisión de abrir esa puerta y constatar que Suzanne estuviera bien. Pero no fue la mejor idea: estaba todo oscuro, con una pantalla de televisión encendida, cuando me asomé con cuidado por uno de los pasillos de la habitación, vi a Suzanne en cuatro patas, poseída por el mismo sujeto que me presentó horas atrás cuando la encontré en la pileta, sobre una cama agitada y sobresaltada que iba quebrarse en cualquier momento. Quedé atragantado; habiéndome sacado toda duda acerca de cómo se encontraba Suzanne,

hui para mi habitación, y no pude dormir en toda la noche.

Quería irme de este crucero si fuera posible en helicóptero o flotando en un salvavidas; como sea quería poner fin a este viaje absurdo, que desde el principio sabía que no tenía que haber hecho, y donde peligraba la vida de todos y nada escapaba de la sospecha de confabulación.

Resolví bajarme en Guayaquil. Pero debía ser cuidadoso, y no avisar a nadie de mi decisión hasta último momento. Evitar incluso cualquier comportamiento llamativo que los hiciera pensar sobre mi decisión tomada. Pero resultó ser un error. Por algún motivo, por cierto no exento de sospechas, se resolvió no parar en el puerto. Contemplé angustiado como la inmensa embarcación giraba y lentamente se despedía de una lejana bahía costera. Supe que me encontraba en peligro y que a partir de ese momento podía ser víctima de un complot homicida en cualquier instante. Imaginé que ya me tendrían identificado como un posible testigo peligroso de los homicidios abordo. No obstante era poco lo que podía hacer, y traté de actuar de la manera más natural y disimulada posible.

La cantidad de parejas de baile era cada vez más reducida: solo dieciséis, que en el certamen de esa noche pasarían quedar solamente ocho, luego

cuatro hasta que dar dos en la noche final donde ganaría solo una. A partir de ahora, quedaban en la carrera por la conquista del mundial del tango solamente las bailarinas más sobresalientes y vistosas, y a la vez las más bellas y atractivas, y por su parte los bailarines de excelencia únicamente: los soberbios y experimentados. La competencia se tornó más disputada, tensionada, vibrante; sin duda el mundial había entrado en una fase muy diferente: mayor exigencia, mayor interés, mayor calidad en el espectáculo.

Luego de mi experiencia de *voyeur* involuntario la noche anterior, comencé a percatarme de movimientos extraños por las habitaciones de los bailarines. Empecé a escuchar con atención detrás de las puertas por esos largos pasillos, y constaté lo que sospechaba —y lo que después de todo era esperable: que dioses y diosas del tango se apareasen. Pero me preguntaba detrás de cuál de esas puertas se podría estar tramando una nueva eliminación, y llegué a esta conclusión: ya no quedaban hombres ni mujeres rechazables —¡ ya no había a quién eliminar!

Aquella noche me quedé dando vueltas hasta que el sueño empezó a invadirme con la primera salida del sol, pero hacia las nueve de la mañana una sirena de alarma empezó súbitamente a sonar en todo el crucero. Cuando me desperté ya se

escuchaban corridas y algunos gritos por todas partes. Me vestí y me asomé para ver qué pasaba; al parecer nadie lo sabía, pero escuché algo acerca de una evacuación. Tomé algunas pertenencias esenciales y salí a la cubierta. A nadie se nos respondió qué pasaba.

En medio de la confusión y las corridas, escuché que estaban preparando grandes botes salvavidas para distribuir pasajeros y tripulación. En tanto divisé horrorizado tres bailarines y una mujer, reunidos y discutiendo, en medio del pánico general; uno de ellos era el tal Murena, el bailarín y amante de Suzanne. Se los veía muy tensos, y a la vez procurando ser discretos. Se me ocurrió que estaban planificando algo oscuro.

Efectivamente, llamaba mucho la atención que el orden de distribución de pasajeros en los botes fuera tan selectiva: en dos grandes botes estaban las parejas de baile que habían llegado a las instancias más avanzadas del certamen, y en el resto de los botes estábamos nosotros: los sobrevivientes de las eliminaciones selectivas por feas o por ineptos para el baile, y algunos que ni participamos, como yo. Intuí que no era casual nada de lo que estaba pasando, y temí lo peor: que estos homicidas confabulados tramaran hundirnos o dejarnos a la deriva para asegurarse de que jamás testifiquemos contra ellos cuando la policía los indagara acerca de las

misteriosas desapariciones, que no era nada improbable que ya hubieran sido algunas de ellas denunciadas durante los días anteriores. Era altamente probable que este crucero estuviera en perfectas condiciones y que esta evacuación fuera un fraude pergeñado para engañar a las autoridades y a la policía, y que jamás se descubra nada acerca de los homicidios en altamar.

Un hombre mayor, de enorme barba blanca, parecía sentirse mal y traté de ayudarlo; me sorprendió, intentando hablar torpemente en alemán, me reconoció:

—¡Doctor Freud! ¡Sigmund Freud! Lo he visto algunas noches en la barra, pero usted no me vio. Mi nombre es Charles Darwin.

No podía creerlo: el biólogo inglés, que tanto revuelo causó con uno de sus libros… ¡cómo no saber quién era! Aún con todo, ni siquiera advertí su presencia hasta recién. Le respondí en inglés, como una forma de facilitar la comunicación.

—¿Sabe adónde nos dirigimos? —le pregunté, suponiendo que tenía más conocimiento de los "Mares del Sur", como llaman los ingleses, que el resto de nosotros.

—No estoy seguro, pero las Galápagos no están cerca.

De repente se empezó a poner el cielo negro; una terrible tormenta aparecía como inminente.

El resto de los botes se veían muy lejos, y cuando se desató el torrencial diluvio entre truenos y relámpagos, ya no vimos más a ninguna embarcación. Una ola dio vuelta nuestro bote. Ya no recordé más nada hasta que recobré la consciencia en una playa ignota de una isla que parecía deshabitada.

Estaba exhausto. La tormenta había quedado atrás, y un sol aplastante nos estaba calcinando. Miré a mi alrededor, y lo vi al señor Darwin, dolorido y sin poder moverse, y otras personas que no había visto antes, excepto uno, un camarógrafo, que recordaba haberlo visto junto a una periodista. Seríamos menos de diez, tirados a lo largo de esta playa desértica. No había rastro alguno del bote.

Tratamos de sobrevivir como pudimos: los cocos fueron fundamentales, también ideamos la manera de pescar; nos costaba mucho, sin embargo, encender el fuego, aunque con el correr de los días, de las semanas, fuimos perfeccionando esta primitiva habilidad.

No había señal ni en el aire ni en el horizonte de que nadie que estuviera buscándonos para rescatarnos: no vimos un barco ni un avión, durante meses; tampoco supimos nada del resto de los pasajeros luego de la tormenta.

El señor Darwin sostenía que esta isla debía ser la legendaria Isla de los Pavos Reales, porque

encontramos plumas de esta ave pero de un tamaño gigantesco, aunque sin embargo no habíamos visto a ninguno —solo plumas. También vimos algunos jabalíes con ligeras características distintas a los conocidos. Según nos contaba el prestigioso biólogo, había especies de plantas que no había visto nunca antes ni figuraban en ningún catálogo de botánica. Pese a todo, la isla era tétrica y desesperante.

Pasamos unos diez u once meses —se hacía difícil llevar la cuenta de los días, créanme—hasta que sucedió lo que tanto esperamos: vimos una señal humana en la playa, tres mujeres desnudas, que enseguida conseguimos identificar: dos eran bailarinas, la otra la reconoció el camarógrafo, ya que era su compañera reportera y periodista con la que viajaba en el crucero.

—¡Micaela! —le gritó, desesperado, en cuanto la había reconocido, pero apenas giraron la cabeza, asustadas, y se marcharon por la playa.

Sus cuerpos habían cambiado notablemente: bronceadas, y con una musculatura marcada, esculpida; el cabello largo más allá de la cintura, y trasmitían una actitud desconfiada, e inclusive algo tosca, como rudimentarias.

Pensamos que llevaban unas varas o palos, pero de repente descubrimos que eran arcos y flechas, seguramente para cazar y pescar antes que para

defenderse. Las tres no se interesaron en lo más mínimo por esa voz que de lejos le gritó por su nombre; en lugar de eso, se internaron por el agua a caminar, y descubrimos que los días marea baja era posible caminar un trecho muy largo con el agua hasta la cintura. Decidimos seguirlas con discreción y no sin algo de cuidado. La situación era muy extraña; de momento pensamos que a lo largo de estos meses habían perdido o reducido su humanidad.

Después de un rato caminando en el agua transparente, entre corales, cardúmenes de peces, antiguos restos de madera de embarcaciones encalladas y tortugas colosales gigantescas, advertimos una mancha en el horizonte, y fuimos viendo que se trataba de otra isla, al parecer mucho más grande que la nuestra.

Las tres mujeres desaparecieron en la isla. Mantuvimos distancia y nos fuimos aproximando con recaudos. El señor Darwin estaba muy cansado, y yo también; éramos los más viejos del grupo.

Era peligroso que nos vieran. La situación ya era extraña y sugestiva a bordo del crucero, y ahora mucho más; habían pasado muchos meses, y todo parecía haber cambiado todavía más: no sabíamos quiénes habían sobrevivido, ni quiénes dirigían a esta isla, ni cuál era el estado mental de las sobrevivientes.

Decidimos dividirnos en dos grupos, y por separado, y con el máximo cuidado y sigilo, investigar a esta nueva isla. Nuestro grupo lo integraba Kim, un turista coreano amante del tango, el camarógrafo, el señor Darwin y yo.

Nos internamos por la selva durante horas, y encontramos todo tipo de criaturas peligrosas, como serpientes de inmenso tamaño, cocodrilos en los pantanos, monos hostiles y gritándonos agresivamente, mientras temíamos a cada instante que se nos aparezca algún felino depredador. La aparición de unos enormes pavos reales nos confirmaron lo que el señor Darwin intuía sobre esta isla.

—Nunca se la pudo reconocer en las expediciones geográficas y cartográficas, pero sabíamos por el diario de viaje de algunos capitanes que los nativos les habían referido una isla pequeña antes de las Galápagos poblada por enormes Pavos Reales.

Escuchamos cantos de mujeres y humo. Parecíamos estar cerca de alguna aldea, seguramente de sobrevivientes. Empezamos a ver objetos por la selva: algunas cuerdas, trozos de soga, palos pulidos a mano, y nos encontramos con algunos senderos. Procuramos el mayor cuidado y ser lo más silenciosos posible. Lo más horroroso fue encontrarnos con un cadáver colgando de un árbol: a medida que nos acercamos conseguimos

identificarlo: era un bailarín de tango, uno de los finalistas; pero había más: una macabra amputación de sus genitales, una castración. Por su estado de descomposición parecía llevar algunas semanas ahí arriba colgado. Enseguida advertimos a lo lejos otro cuerpo colgando, y cuando nos aproximamos vimos que había otros más: contabilizamos por lo menos cuatro cadáveres colgando, violentamente castrados cada uno de ellos, con varias semanas descomponiéndose excepto uno, que parecía llevar muerto pocos días. Todos ellos bailarines del crucero, aquellos que llegaron a las instancias finales y que se embarcaron en botes aparte durante la evacuación. Me llamó la atención no ver al sujeto que bailaba con Suzanne colgado ahí arriba; pero era posible que hubiera muerto ahogado en la terrible tormenta.

Por la noche todo fue más peligroso, pero a la vez una fogata que encendieron en esa aldea nos permitió orientarnos mejor. El olor a pescado asándose al fuego en unas primitivas fogatas agravó nuestra desesperación y hambre, pero a la vez estimuló nuestra voluntad de estar vivos. Empezamos a ver entre los árboles, escondidos como sombras, a algunas mujeres alrededor del enorme fogón, haciendo diferentes tareas; reconocimos a todas, eran bailarinas; todas desnudas, y como

observamos antes, algo cambiadas físicamente; más fuertes, más sensuales, más salvajes.

De pronto se escucha a un jabalí, chillando desesperado; y aparece junto al fogón un hombre gigantesco, desnudo, de desarrollo muscular sobrenatural, peludo y de manos como garras, tomando por el cogote al animal y con la otra mano empuñando una cuchilla de piedra; el hombre, lanzando un rugido estremecedor como de león que hizo temblar a toda la isla, lo degolló. Inmediatamente se acercaron varias mujeres y ataron al jabalí en un palo, con una soga, y lo dispusieron arriba del fuego para cocinarlo.

En ese momento reconocí a Suzanne, llevando una precaria jarra de barro de un lugar a otro. Por primera vez la vi sin la vincha; su color de piel se había adaptado increíblemente al inclemente sol ecuatorial: estaba toda bronceada como cualquier mujer caribeña, aunque conservando sus ojos verdes y sus rasgos nórdicos. Era un fenómeno asombroso que, con más tranquilidad, esperaba poder conversarlo con el señor Darwin.

La jarra de barro parecía contener una bebida especial; alguna especie de bebida fermentada o más preciada que el agua de coco que bebían las mujeres; cuando le hicieron entrega a este sujeto masculino brutal de la jarra para que bebiera, reconocí quién era: cuando el resplandor anaranjado del fuego

iluminó su cara, vi que era el susodicho Murena. Su musculatura había alcanzado en poco tiempo un desarrollo sobrenatural y animal, que no consigue ningún fisicoculturista a lo largo de años tomándose incalculables dosis de suplementos. Sus pies se veían gigantescos, como sus manos, un poco alargados y con los dedos más aguerridos y separados. Su pecho y su abdomen se habían cubierto de abultado bello, y su cabello había crecido hasta su cintura. Sus testículos habían adquirido el tamaño de dos enormes huevos de gallina, que se veían incluso colgando entre sus piernas cuando estaba de espaldas. Su pene había devenido una desagradable trompa de elefante, desde ya más corta que la de ese animal pero aún con todo desproporcionada, con una piel muy gruesa para adaptarse a las hostilidades del medio. Su voz ya no era humana, sino leónica, aterradora, ensordecedora, como un atroz y volcánico rugido. Las mujeres habían ido perdiendo la civilidad; sus caderas se habían ensanchado previendo inminentes embarazos, sus piernas y brazos eran más fuertes, y sus pechos repentinamente enormes aunque preciosos, listos para alimentar numerosa cría humana para garantizar la supervivencia de la especie; y una cantidad exuberante y selvática de bello púbico; por supuesto habían ido perdiendo también su dignidad, carácter, exigencias de respeto

propias de una sociedad reivindicatoria de la igualdad de los géneros, y no importaba la profesión, estatus, nivel de estudios terciarios o universitarios: poco a poco habían ido convirtiéndose en hembras sumisas, todas por igual —sin distinción de clase social, edad, posturas políticas, estirpe, idiosincrasia—; eran diligentes, obedientes, ordenadas acatando atenta, intuitivamente y con devoción las disposiciones de este nuevo gran Padre arcaico, primordial (*Urvater*), el Macho Alfa de la jungla de estas islas ignotas. Parecían posesas, siguiendo hipnóticamente todas las órdenes de este macho-padre, que en la civilización se llamó Conrado Murena, por obediencia inconsciente y secreta a los fines de la conservación y supervivencia de la especie.

Cada día se lo empezó a ver más estático, inerte, aunque vigilante y atento; sus pocos despliegues de movimientos eran solo para lo necesario y hacían temblar a la isla entera: desde cazar con sus propias manos a un jabalí, a un felino depredador, a un cocodrilo, hasta lanzarse sexualmente atrás de sus hembras varias veces al día y durante toda la noche, una por una, que mansa y pasivamente se colocaban de manera automática en cuatro patas, así el dominante alfa podía tener mientras durase la cópula una libre y amplia panorámica y prevenir cualquier peligro. Durante el día también lo hemos

visto parado como un tótem, serio e inexpresivo como una piedra, recibiendo sexo oral que sus devotas mujeres arrodilladas le tributaban con reverencia. Recuerdo que mi maestro Schopenhauer —también maestro del señor Darwin— insistía en que *la animalidad no se ríe*: no había ninguna expresión en su rostro durante sus múltiples, incansables goces sexuales con su paradisíaco e incondicional harén. Parecía increíble ver a todas estas bailarinas de tango rebajadas a la animalidad de hembras sumisas, todo el día desnudas, sometidas sin la menor resistencia a esta bestia salvaje de sobrenatural incremento de testosterona que muy pronto iba a perder su capacidad del habla para emitir nada más que rugidos.

Como quiera que sea, no se había vuelto tonto, a pesar de todo su primitivismo progresivo; él tenía la sospecha de que estábamos vivos. Era hábil, astuto. No tengo dudas de que nunca dejó de buscarnos, sino que optó por la estrategia de hacernos creer que había abandonado la búsqueda, para atraparnos ante el más mínimo descuido en que nos dejásemos ver. Y así fue: una noche, Kim había quedado haciendo guardia, al otro lado de la isla donde nos refugiábamos, pero cuando nos despertamos advertimos que había desaparecido. Pocos días después veríamos que la bestia se lo había llevado y lo había dejado colgando de las

ramas de un árbol para aterrorizarnos, sin sus genitales.

En esos días, una joven desnuda apareció caminando sola por la playa. No era una bailarina, sino María Eugenia Cameron, periodista de espectáculos que venía en el crucero junto con nuestro compañero de supervivencia, el camarógrafo, para cubrir el evento. Parecía perdida, como si hubiese conseguido escaparse y estuviera pidiendo ayuda. Conjeturamos que podía ser una trampa. Solo éramos tres, y resolvimos que solo uno de nosotros se acercaría a ella con la única toalla que teníamos para que se cubra y devolverle una mínima dignidad perdida y uno de los escasos cocos que nos quedaban para hidratarnos y alimentarnos. El camarógrafo se anticipó y quiso ser voluntario; no podía soportar ver a su compañera pidiendo ayuda por su vida sin hacer nada; le advertimos del peligro; seguimos ocultos entre los árboles cada uno de sus pasos. Cuando se acercaba a la joven para cubrirla con la toalla, salió del agua, como un violento coletazo de un monstruo marino, la bestia que alguna vez fue Murena y se lo llevó con él a las profundidades del mar, sin volver a verlos. Evidentemente había adquirido también en este tiempo la capacidad aguantar varios minutos sin respirar bajo el agua. Había sido una trampa: todo hacía pensar que las

mujeres que había sometido no querían liberarse, sino que cooperaban con él —acaso por miedo o por amor— y eran sus cómplices.

Solo quedábamos tres de nuestro grupo. Nos desplazamos por la isla con mucho cuidado buscando otro refugio donde pasar la noche. Ya habían detectado nuestra presencia —en ese lugar no estábamos a salvo. No solamente él nos acechaba, sino también las mujeres, haciendo rastrillajes por toda la isla para encontrarnos. Nos acostumbramos a una estrategia de "cantos de sirena" para aturdirnos, seducirnos, desgastarnos, enviando las más bellas de sus mujeres totalmente desnudas a llorar durante horas, incluso por la noche, solas en medio de la jungla pidiendo ayuda, o entonando algún tango melancólico. Habíamos demostrado entereza para resistir esta primitiva aunque descarnada guerra psicológica, hasta que tocaron mi punto más débil en aquel viaje: Suzanne, cubriendo su desnudez con sus dos manos, exclamando:

—¡Doctor Freud! ¡ayúdeme! ¡le ruego por ayuda!

Sucumbí a la sirena: en pocos minutos llegué de mi escondite hasta Suzanne, y traté de cubrirla, pero aparecieron de pronto no menos de diez mujeres con lanzas en la mano apuntándome. Me rendí ante ellas y me llevaron capturado hasta el alfa macho

padre primordial, el bestializado déspota supremo de la isla. Amarrado de pies y manos con unas sogas, boca abajo en suelo, miré a Suzanne, y ella se acercó para mostrar que estaba afligida, diciéndome:

—Lo siento en el alma, doctor. Pero es la única forma de sobrevivir. Él es el único capaz de desmembrar cocodrilos y leopardos, proveernos de carne de venado o jabalí, y de fecundarnos para sobrevivir a la muerte en nuestra descendencia. Sin él y nuestra colaboración, desapareceremos; no quedará rastro de nuestra especie en esta isla. Con él hemos formado una sociedad cooperativa que viene dando resultados: él nos protege, nos sustenta y nos fecunda, nosotras mantenemos orden, cocinamos, construimos casas y refugios y daremos descendencia. Lo siento, doctor… no crea que la Naturaleza es cruel: detrás de esta crueldad hay un acto de amor.

Me llevaron ante el monstruo, sentado en un rudimentario trono de troncos y cañas; me dijeron que si quería sobrevivir debía ser castrado esa noche, o someterme a un ultraje anal ritual por la bestia en reconocimiento de mi sumisión a su ley.

Me negué a escoger entre las tres opciones: la muerte, la castración o el ultraje. Decidieron por mí —nunca sabré qué decidieron— y me llevaron

aparte. Me dejaron solo durante horas, apartado, vigilado por una diosa bronceada y musculosa, la más atlética y fuerte de las hembras de la isla, que me gruñía con su mirada, empuñando una lanza afilada. En la civilización, antes del naufragio inducido, supe que se llamaba Cecilia y era bioquímica y profesora en la facultad, aficionada al tenis; ahora era irreconocible.

Llegó finalmente el milagro más esperado que tuvo lugar en este viaje por Sudamérica: se escucharon helicópteros cerca, y la presencia de la prefectura ecuatoriana. Las desnudas harpías huyeron despavoridas por toda la isla, retornando súbitamente a la civilidad, declarándose víctimas de un primitivo sátrapa sexual que las sometió contra su voluntad en todo momento y que sufrieron amargamente su yugo y sus abusos. El sujeto que alguna vez se lo conoció como Conrado Murena recibió tres disparos mortales cuando quiso resistirse a los prefectos que habían desembarcado secretamente muchas horas atrás y tenían cercada la isla. Los vi sacarse fotos con la bestia muerta, con júbilo, orgullosos, victoriosos como un cazador luego de matar a un elefante o un león. No era para menos.

Nos despedimos con el señor Darwin con el mismo afecto que si hubiésemos sido amigos toda una vida; nos subieron a unas lanchas rumbo a las islas Galápagos, y después al continente. Los días de la horda primitiva llegaban a su fin en esa isla cuando nos subíamos a esas lanchas; la ley tribal acaba de morir y éramos restituidos a la totémica legalidad del hombre civilizado (y la mujer civilizada, desde ya). Fue la primera vez en todo el viaje que contemplé un atardecer en el exótico océano Pacífico —y aquella noche, en un bonito y modesto hotel de Guayaquil, dormí en paz durante muchas horas.

ÍNDICE

Primeras palabras……….5

1. Mi llegada a Buenos Aires……….7

2. Me presentan a Suzanne, bailarina de tango ….10

3. Una lectora de mis libros……..11

4. Me invitan a la Fundación *Putos por la Familia*…...17

5. Un plan de Milena, estudiante de psicología……21

6. *Ego te absolvo*……….25

7. Una insólita terapia de grupo en Río de Janeiro…30

8. Robin Hood visita la Facultad de Derecho…….42

9. Un tal Lacan y un paseo por el reino de las sombras…………..49

10. Mi reencuentro con el conde Drácula………56

11. Mundial de tango y un crucero a las islas Galápagos…………63